

LA PROTESTA

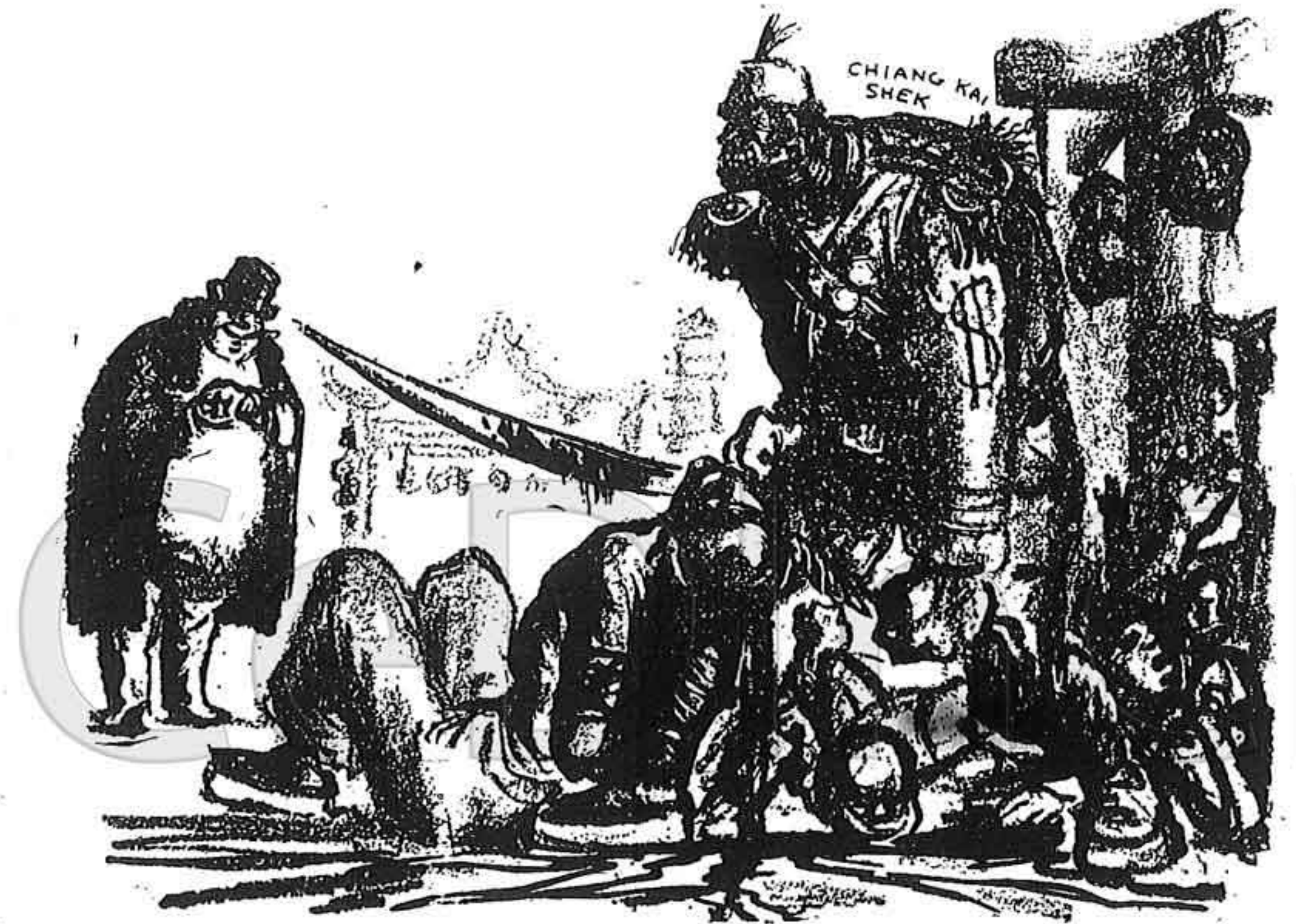
SUPLEMENTO QUINCENAL

AÑO VIII
N.º 301

BUENOS AIRES, MARZO 4 DE 1929

20 Centavos
El ejemplar

PORTE PAGO



El imperialista ante los sucesos de China: ¡Por fin habrá un gobierno estable!

SUMARIO DE ESTE NUMERO :

NUEVOS CAMINOS: El Imperativo de la sinceridad; Obreros y campesinos; La vuelta a la tierra; Las colonias agrícolas—**SOCIALISMO CONSTRUCTIVO:** I Consideraciones generales; II El socialismo experimental; III Los sain-simonistas en Menilmontant; IV El pensamiento constructivo en el fourierismo; V Ensayos de los fourieristas en Europa; VI El Familisterio de Guisa—**ASOCIACIONES LIBRES DE PRODUCCION Y DE CAMBIO—EL PRIMER PASO HACIA LA ANARQUIA—BIBLIOGRAFÍA—GUILDA DE A. DEL LIBRO**

D. A. DE SANTILLAN

NUEVOS CAMINOS

EL IMPERATIVO DE LA SINCERIDAD

Dos cualidades deben distinguir sobre todo al anarquista respecto del resto de los hombres: primero un espíritu investigador e inquieto, siempre a la rebusca de nuevos horizontes, de nuevas perspectivas y medios para acelerar la hora de la justicia social; en segundo lugar un fuerte imperativo de sinceridad para consigo mismo y para con todos, que le impulsa a exteriorizar sus sentimientos, el resultado de sus rebuscas, el balance de sus reflexiones.

Es así como creemos y como queremos proceder siempre nosotros.

El imperativo de la sinceridad nos ha hecho ir contra la corriente del propio movimiento muy a menudo, pero nunca hemos vacilado en decir nuestra opinión, aun con la conciencia de estar solos. No hemos reconocido un manual perfecto del anarquismo ni marcado jamás un límite más allá del cual no era permitido pasar; al contrario, hemos predicado la necesidad de que cada uno lleve en su corazón y en su cerebro la propia utopía y de que cada cual piense según el propio ambiente, la propia educación y el propio temperamento las razones fundamentales de nuestra causa. Hemos dicho y repetido mil veces que, por sólidas que sean las bases de la anarquía, cada época nos presenta sus problemas específicos, sus necesidades características, una táctica apropiada de propaganda y de acción, y en consecuencia la suspensión del pensamiento es más fatal para el anarquismo que para cualquier otro partido, donde el factor ideal no desempeña un papel tan importante.

Además, la experiencia de nuestro movimiento permite ya hacer un resumen aproximado de lo logrado hasta aquí y de lo que, en las actuales circunstancias y con los métodos actuales, tenemos derecho a esperar.

Es preciso decir ante todo que el radio de acción y de influencia del pensamiento libertario se ha reducido a proporciones demasiado mínimas; el crecimiento de los partidos socialistas autoritarios, bien lo sabemos, no sig-

nifica de ningún modo un triunfo de la causa de la libertad y de la justicia.

Hay un motivo de fe y de esperanza: a pesar de todos los ensayos críticos, de intenciones más o menos malevolentes, las ideas básicas de la anarquía, no han sido conmovidas; al contrario, los grandes acontecimientos históricos han reafirmado su razón de ser y la bondad de sus soluciones generales. Dejemos, pues, las ideas fuera de discusión: siguen siendo un faro para la humanidad oprimida, una bandera cuya causa dignifica todavía la existencia de los que la siguen. En el gran naufragio de valores que hemos vivido en los últimos quince años, la anarquía resistió incommovible todos los embates, los resiste hoy y los resistirá mañana.

Los adversarios no nos atacan ya desde el punto de vista de la bondad de nuestras ideas; harían con ello el mayor servicio a nuestra causa por la difusión que les darían y recibirían en el propio corazón los golpes que hubieran querido dirigir contra el nuestro. Nos combaten en cambio con argumentos deshonestos, valiéndose de deficiencias de los hombres y de los movimientos que propagan la anarquía; pero esas deficiencias no somos nosotros los últimos en combatirlos y en tratar de subsanarlas; además, no son los argumentos contra las ideas, sino más bien una revelación de lo difícil que es superar el nivel moral de un estado social sin modificar al mismo tiempo las condiciones externas. Lo que se suele combatir en nuestro movimiento son defectos de herencia o de educación del sistema burgués de vida, defectos y vicios que no son sólo propios de la burguesía, sino que lo contaminan todo, sin exceptuar el campo del proletariado. El propio dogmatismo que a veces pone un formidable obstáculo a todo progreso mental y social en el ambiente revolucionario, es un fruto de la nociva educación sembrada por el capitalismo, la iglesia y el Estado.

OBREROS Y CAMPESINOS

Con la misma tenacidad que nos hemos esforzado por defender la razón de ser del mo-

vimiento obrero libertario contra los que aun quisieran que abandonásemos ese medio de estar relativamente en contacto con una parte mayor o menor de la sociedad en que vivimos, en honor a la falacia de que nuestra labor sería más proficua en el seno de las organizaciones de clase reformistas; con la misma constancia que hemos propiciado el sostenimiento y el afianzamiento de nuestros sindicatos ideológicamente definidos, después de haber reconocido el hecho innegable de la división del proletariado, — con ese mismo calor responderíamos que ese movimiento sindical no basta, a quien quisiera que cifrásemos en él todas nuestras esperanzas. Y no basta porque es ante todo y sobre todo un movimiento obrero, del proletariado de las ciudades; no basta porque, aun complementado con movimientos paralelos de cultura y de arte, no representa más que a una parte de la humanidad productora, y no justamente la fundamental.

Nos importa poco aquí la cifra numérica relativamente baja de nuestras fuerzas sindicales; cifra que en algunos países no existe siquiera y que en otros apenas es perceptible. No, aunque contásemos con muchos millones de obreros organizados, aunque fuésemos tan fuertes como el reformismo amsterdamiano, nuestro descontento seguiría en pie y por los mismos motivos. El socialismo, en el sentido amplio de la palabra, es un movimiento de las ciudades, es un movimiento político y que no dejará de ser político, es decir de aspirar o de ejercer de hecho el poder estatal aun cuando triunfásemos nosotros mañana. Cambiarían las denominaciones, los hombres, los fines, pero al día siguiente de la revolución en las ciudades, tendríamos que imponer nuestra dictadura, nuestro gobierno a los que no lo aceptasen por voluntad hostil o por ignorancia.

En realidad no nos entusiasma la idea de una nueva Comuna de París, en donde predominásemos nosotros; no nos entusiasma una rebelión urbana, que es factible en períodos de desesperación y de hambre. Queremos algo más, queremos la revolución de la libertad, la organización de la vida sobre nuevas bases de equidad y de libre acuerdo. Y no alcanzamos a ver, por mucho que hemos reflexionado, cómo podremos llegar a esos objetivos con el mero predominio de nuestro movimiento en una conacción o en una revuelta de las ciudades. Menos aun, claro está, cuando nuestra exigüidad numérica y nuestra escasa influencia nos condenan poco menos que a la inactividad.

El estudio de las revoluciones de los últimos años en Rusia, Alemania y Hungría, la simple

reflexión sobre los medios y las posibilidades para salir de este valle de lágrimas del capitalismo y del estatismo, nos han llevado a esta conclusión: "si el socialismo, que hoy es casi exclusivamente urbano, no logra convertirse también en movimiento campesino, el proletariado industrial no será capaz de realizar nunca la libertad y la justicia sociales".

La reconstrucción de la sociedad según los principios de la anarquía ha de tener su más firme punto de apoyo en la clase campesina, y esa clase no ha oído hablar de nuestras aspiraciones, carece de toda preparación, de toda organización revolucionaria y no puede tener simpatías por una causa o un ideal que no conoce, que nadie le ha hecho conocer.

Personalmente somos de opinión que la reconstrucción social sobre nuevas bases es mucho más factible en el campo que en las grandes ciudades; en éstas será necesario un vasto aparato administrativo que en el fondo, aun edificado por nosotros, no dista mucho de un poder político; cualquier acontecimiento, cualquier resistencia puede convertir en poder político de gobierno un aparato como el que nos veremos forzados a montar en las ciudades para regular su vida compleja. La única manera de contrarrestar ese peligro está en el apoyo del campo a la revolución, cosa completamente insegura e incierta en las condiciones actuales.

Otro motivo nos ha hecho dirigir la mirada a la población campesina, sin cuya cooperación no tenemos fe en ninguna revolución de las ciudades, según hemos dicho y repetido. En la vida económica capitalista moderna predomina cada vez más el trust, nacional e internacional. La gran empresa monopolista. Ahora bien, el movimiento sindical ha perdido gran parte de su eficacia frente a esas corporaciones capitalistas monstruosas, pues una huelga en una fábrica no hace más que acelerar la producción en las otras, y en caso de huelga general de una industria en un país, el capitalismo moderno no se inquieta mayormente, porque trabajan en su beneficio los establecimientos del trust o de la empresa más allá de las fronteras. El proletariado no ha descubierto todavía medios de defensa y ofensivos contra las formas actuales del capitalismo.

Lo anterior en caso de lucha; pero la realidad nos está demostrando que se vuelve cada vez más difícil la organización sindical en las grandes empresas; y cuando esa organización no fué posible obstaculizarla desde el principio, como en el caso de los ferrocarriles argentinos, se ve cuán fácilmente logran las empresas captar en su beneficio las organizaciones más

importantes.

Un solo caso: en el trust del acero norteamericano trabajan más de cien mil hombres; predominan las jornadas de diez horas y los salarios más que irrisorios; pues bien, no ha sido posible levantar en ese feudo gigantesco una organización de lucha. Otro caso bien conocido es el del fabricante de automóviles Henry Ford, que no conoce las huelgas en sus fábricas y no tolera la agremiación de sus obreros. De estos ejemplos los hay a millares. Y son justamente los que marcan la pauta en esta hora. Frente a esas grandes empresas, que tienden a la supresión de la libre concurrencia en la economía capitalista, no hace mucho daño una huelga de varias docenas de albañiles o de carpinteros contra un pequeño capitalista privado. Y el terreno de la lucha sindical es precisamente, en la mayoría de los casos, el que aun nos ofrecen los pequeños capitalistas.

Y habría una tercer razón de nuestra predilección por la población campesina y de nuestros llamados en favor de una mayor preocupación del anarquismo por la propaganda, la organización y la acción en el campo: la agricultura es la llave de la vida; las ciudades no pueden sostenerse ocho días sin la afluencia de productos del campo; en cambio el campesino resistirá años, en caso extremo, sin las ventajas que le puede proporcionar la industria urbana. Los obreros pueden hacer huelgas tras huelgas; mientras no las hagan los campesinos, la burguesía puede dormir tranquila. Su poder no corre peligro, y si corre algún peligro, como en Rusia, todo el cambio se reduce a un cambio de personas en los puestos de mando. Nada, en fin, para los productores.

LA VUELTA A LA TIERRA

Recomendamos, pues, desde el punto de vista de la eficiencia revolucionaria, el reconocimiento de la importancia fundamental del elemento campesino para la revolución social y la orientación consecuente de la propaganda y de los esfuerzos hacia los productores agrícolas. Desde un punto de vista más generalmente humano, habría también razones abundantes para defender una vuelta a la tierra como un contraveneno de la moderna civilización industrialista y mecánica.

Pero nos circunscribimos a lo primero, a la necesidad de integrar la vida revolucionaria con el aporte del campesino. O conquistar un apoyo en el campo para nuestra causa o condenarnos a una rutina cada vez menos atractiva y menos fecunda. Si alguien ve en este terreno más claramente que nosotros, quisiéramos

que nos señalase las perspectivas de un porvenir revolucionario en los cauces actuales, circunscritos de hecho a los centros de industria, — y dentro de los centros de industria a los restos decadentes y poco influyentes del capitalismo privado. Nosotros no vemos más que el cuadro sombrío que se desprende de las consideraciones anteriores.

Sin embargo, antes de volver a la tierra, antes de dar un paso en el sentido de atraer a los campesinos hacia la revolución de la libertad y de la justicia, es preciso que nos despojemos de lo que Bakunin ha llamado "socialismo de las ciudades". Es grande la propensión a proyectar sobre los trabajadores de la tierra las mismas preocupaciones, organizaciones, métodos de lucha que tuvieron o tienen su razón de ser en las ciudades. Si hemos de ir al campo con el propósito de imponer a los campesinos nuestros métodos, lenguaje, sistemas de lucha, etcétera, en lugar de ir a favorecer y a acelerar el resurgimiento de un socialismo agrario propio, inspirado por inclinaciones tan naturales y humanas como son las de la anarquía, entonces es mejor seguir como hasta aquí. Nos ahorraríamos esfuerzos y decepciones.

El peso muerto del doctrinarismo puede hacer frustrar muchas esperanzas en una labor de propaganda y de organización campesina. Es preciso eludir ese escollo.

En la Argentina hemos discutido un poco la cuestión, y el doctrinarismo no ha permitido hasta ahora solución alguna. Pero nosotros no nos conformamos con la situación creada y trataremos de tantear sin descanso en busca de una salida.

A propósito, un joven movimiento revolucionario, el representado por la Confederación General de Trabajadores de México, que no lleva el lastre de una concepción teórica y táctica tradicional, pero que encara los problemas que se le presentan con un criterio libertario, nos está dando materia de reflexiones. Y como se verá, aunque se trate de un movimiento obrero, en lo referente a los campesinos echa las bases de un socialismo agrario propio. He aquí unas resoluciones del segundo congreso obrero y campesino del Estado de Veracruz, celebrado del 23 al 27 de diciembre del año pasado en Veracruz. Desde el punto de vista doctrinario sindical, son inaceptables, pero desde el punto de vista de la integración del elemento campesino en el movimiento revolucionario y de su cooperación con los obreros de las ciudades, no se ha producido hasta ahora, en la práctica, nada mejor. Dicen así las resoluciones aludidas:

"I.—Los trabajos agrícolas se harán con métodos científicos modernos.

II.—Todos los animales e implementos de labranza y útiles así como los productos de los campesinos son administrados en comunidad; por ejemplo: todas las gallinas se unirán para convertirse en un interés de todos; el que tiene cincuenta como el que entra con dos, tendrán el mismo derecho, siempre que estén en condiciones de aportar su esfuerzo personal en otro trabajo que tienda a aumentar los intereses del conjunto. Este principio se efectuará en todos los casos de ingreso a las comunas.

III.—En cada comunidad campesina se establecerá una tienda de consumo, para contrarrestar la explotación de la burguesía en general, y la tienda será de propiedad única de la comunidad, en la que ingresarán los productos de sus miembros y cuya administración estará a cargo de un consejo nombrado por la misma, siempre de acuerdo a los principios que sustenta la Confederación General de Trabajadores.

- a) Los compañeros que no deseen ingresar en las comunas tanto en lo que se relaciona con los trabajos como en lo concerniente a las tiendas, quedarán en absoluta libertad de hacerlo.
- b) En las tiendas de las comunidades quedarán estrictamente prohibidas las ventas de bebidas alcohólicas, así como de otras drogas nocivas.
- c) Quedan prohibidas también las ventas al por mayor, teniéndose en cuenta el peligro de que los productos sean acaparados por los comerciantes. Este procedimiento se empleará entre los mismos socios de las comunidades.

IV.—El segundo congreso acuerda nombrar a los compañeros Manuel Salazar, E. Galván y José García con el carácter de Comité pro implementos de labranza,

- a) Para los gastos que origine la compra de implementos de labranza se acuerda que cada uno de los miembros de las diferentes organizaciones contribuyan mensualmente con la cantidad de diez centavos.
- c) Cada organización, por conducto de su tesorero, entregará mensualmente al comité la cantidad correspondiente, de acuerdo con el número de agremiados.
- d) El comité que para este objeto ha sido nombrado, rendirá un informe mensual al consejo de la Federación, para que ésta a su vez lo dé al conocimiento de sus organismos adheridos.

V.—El segundo congreso de obreros y campesinos del Estado acordó fundar una tienda de consumo en este puerto (Veracruz), la que será administrada por los compañeros Manuel E. Salazar, M. Olivares y Altamirano.

- a) Los trabajos de esa tienda de consumo se harán siempre dentro del espíritu que entraña la tercera resolución.
- b) Para la fundación de esa tienda de consumo se expedirá una serie de acciones, siendo éstas en número de 2.000, al precio de cincuenta centavos cada una, las cuales se distribuirán para su venta entre los organismos adheridos a la Federación.

VI.—Siendo la tierra un elemento de vida como el sol y el aire, el segundo congreso aprueba que se tome la tierra necesaria para el trabajo por medio de la acción revolucionaria. La Federación gestionará ante quien corresponda que se den facilidades a los compañeros campesinos para el transporte de maderas sin dificultades, así como de diferentes enseres del campo, de cuyas gestiones se informará a las organizaciones interesadas".

He aquí otra resolución del mismo congreso: "El segundo congreso aprueba la constitución de un taller comunal que estará a cargo del sindicato de sastres, de acuerdo con el comité de la Federación de obreros y campesinos, siendo el trabajo en él colectivo, dando a cada cual la parte que le corresponde y practicando el intercambio con los obreros del campo y de la ciudad"...

Como se ve, eso no entra dentro del gremialismo tradicional; es más bien socialismo constructivo, experimental. Espontáneamente, sin un pesado lastre doctrinario, pero con un buen instinto, los compañeros mexicanos, al ponerse en contacto con la vida campesina, han iniciado la marcha por un camino fecundo, que supera al de las simples luchas sindicales, sin abandonar por nada éstas, y descubre horizontes promisorios.

Es en ese sentido que nosotros quisiéramos ver complementar, completar y reafirmar el movimiento sindical revolucionario, el cual se distingue aun cuando se proclama anarquista, por su tendencia a moverse solo dentro de los cuadros del capitalismo, como una parte integrante de ese sistema que se quiere combatir.

Sería deplorable que una corriente constructiva como la esbozada en algunas regiones de México por nuestro movimiento no contase con el más decidido apoyo y con la cooperación de todos los compañeros capaces de desarrollar todas sus posibilidades. A propósito de Veracruz,

mencionaremos también el hecho que los obreros portuarios han conseguido, según se nos ha dicho, suprimir los empresarios capitalistas en los trabajos de carga y descarga, operaciones que se hacen bajo el contralor del sindicato de estibadores.

LAS COLONIAS AGRARIAS

En el marco de la cuestión agraria, nosotros hemos propuesto la creación por el movimiento libertario, como parte integrante, como nueva modalidad práctica de su vida, de colonias agrarias en donde tendríamos puntos de apoyo para una acción ulterior en el campo, al mismo tiempo que una demostración palpable de la posibilidad de vivir según principios de asociación y de cooperación superiores a la lucha del hombre-lobo del hombre que distingue a la sociedad presente.

Después de haber pensado bien en los alcances de esa proposición, después de haber tenido en cuenta el pro y el contra, los peligros y las perspectivas favorables, hemos concluido que el anarquismo no perdería nada con la experimentación en ese sentido y en cambio podría ganar mucho.

Con eso, lo sabemos bien, no se resuelve el problema agrario, de la integración de la población campesina en el movimiento de la libertad; pero se da un paso de incalculables posibilidades. Suponiendo que el problema agrario es representado por la cifra de 100, admitimos que la creación de esas colonias o comunas agrarias representan la solución de una décima parte del problema, es decir la cifra 10. Quedarían nueve décimas partes por resolver, pero 90 es ya menos que 100, es decir que la incógnita completa que hoy tenemos ante nosotros.

Hace un par de años hemos auscultado la opinión de nuestros compañeros por medio de una larga encuesta; dimos a conocer centenares de contestaciones, en su mayoría circunscritas todas al asunto de las comunas agrarias anarquistas. Si quisiéramos hacer un balance final, diríamos que la gran mayoría de las respuestas se mostraban favorables a nuestra iniciativa. Su realización práctica hubiera dependido sólo de la existencia de un grupo decidido a proceder; el apoyo moral y material del movimiento no hubiese faltado.

Por nuestra parte no hemos cambiado de opinión; al contrario, nos hemos afirmado más en esa idea, como nos hemos afirmado en el punto de vista de la infecundidad de toda revolución industrial o urbana que no cuente con apoyos conscientes de parte de los trabajadores de la tierra.

Pero no terminamos sin constatar que de dos años a esta parte el tema discutido por nosotros ha tenido repercusión, directa o indirecta, en nuestra prensa internacional. En Alemania sobre todo, donde teóricamente se trata de profundizar un poco más la situación presente y la perspectiva futura de las ideas libertarias, aun chocando con el doctrinarismo petrificado de algunos, se ha tenido que abrir la discusión de estos nuevos caminos hacia una labor constructiva y experimental, — nuevos caminos para nosotros, pero que sin embargo fueron los primeros que se abrieron a la mirada de los viejos socialistas, en tiempos en que el aislamiento y la falta de eco social no podían dar otros resultados que los continuos fracasos.

Insistimos en sostener que una corriente práctica en el sentido de las colonias agrarias esbozadas hace unos años por nosotros, como complemento del movimiento sindical y cultural de las ciudades y como esfuerzo por abrir un sendero hacia el corazón de la población campesina, no podría causarnos ningún mal y en cambio podría hacernos superar esta desesperante crisis que atravesamos, y que no se puede borrar con un par de frases de un ingenuo optimismo.

Con las líneas anteriores sólo queremos expresar nuestra adhesión a la forma de propaganda y de acción que Rocker llama "socialismo constructivo". Rocker continuará la serie de artículos de que hoy damos la primera parte solamente y al fin resumirá su opinión en relación, tal vez, con la situación actual del movimiento revolucionario. No podemos adelantarnos a decir cuál será su opinión definitiva, pero sí nos permitimos afirmar que Rocker pertenece a los descontentos de la restricción presente de nuestro campo de acción y a los que buscan una salida para acelerar el triunfo de la justicia social, pues está convencido, como nosotros, de que el proletariado, de que la humanidad se han alejado del objetivo del socialismo cada vez más en lugar de acercarse a él. Y los que constatan ese fenómeno desde el frente revolucionario y no se sienten alarmados e inquietos, sólo demuestran que poseen una débil voluntad de lucha contra la sociedad del privilegio en que vivimos.



RUDOLF ROCKER

SOCIALISMO CONSTRUCTIVO

1.—CONSIDERACIONES GENERALES.

Cuando Gustav Landauer en su "Aufruf zum Sozialismus" llegó a la convicción que la realización del socialismo no era dependiente de determinadas "leyes de la economía", sino en primera línea de la voluntad consciente de los hombres que aspiran a crear algo nuevo del yermo de la vida actual sobre fundamentos completamente modificados, ha pronunciado una verdad para la cual hoy tal vez se es más comprensivo que entonces. Para los que no pueden conformarse con fortificar la estúpida ilusión del rebaño del político partidista y del demagogo charlatán, se vuelve cada vez más claro: "Socialismo es la tendencia de la voluntad de hombres adecuados para crear algo nuevo guiados por un ideal".

Con eso no se ha dicho que el ambiente espiritual y material no tenga ninguna influencia en el devenir del socialismo, o que su realización quede a merced del entusiasmo interior y de la buena voluntad de un puñado de idealistas. Tampoco pensaba eso Landauer, pues sintió muy bien que el instinto de la comunidad y el impulso creador que aspira a crear algo nuevo, tiene que reencenderse poderosamente de lo profundo y desarrollarse con vigor entre los hombres antes de que lo nuevo pueda adquirir forma palpable. A él lo que le importaba principalmente era contrarrestar aquel mezquino fatalismo que rechaza de antemano todo ensayo práctico en el espíritu del socialismo, fundándose en que contradice las leyes de la evolución económica y no puede considerarse más que como un utopismo infecundo. Y justamente porque sentía eso habló de que una vez "podría llegar el momento en que los pueblos vacilen todavía donde tiene que decirse la palabra: para ese pueblo el socialismo no puede venir".

¿Nos hemos acercado realmente al socialismo? Este es el problema que debemos plantearnos hoy seriamente. Han pasado más de cien años desde que sonó por primera vez el grito proselitista del socialismo moderno, y un movimiento obrero con más o menos apariencia socialista existe desde hace ya más de sesenta años. ¿Cuáles son los resultados en tanto que hay que considerar la realización del socialismo? Preguntamos de nuevo: ¿Nos hemos acercado prácticamente al socialismo o nos hemos alejado más de él? Las posibilidades de su realización ¿son hoy mayores o se choca con mayores obstáculos que antes?

Enténdaseme bien. No se trata de si el movimiento general que denominamos hoy socialista, se ha vuelto más fuerte en número o si ha recibido una determinada influencia política en la vida social o si dispone hoy de organizaciones muy ramificadas y de numerosas instituciones culturales, en que no se podía pensar hace cincuenta años. De nada de eso se trata. La historia nos ha mostrado bastante a menudo que las fuerzas numéricas de un movimiento

con mucha frecuencia se han comprado a costa de sus aspiraciones originarias, y por desgracia con el movimiento socialista no están mejor las cosas. Se trata aquí únicamente del problema de si nos hemos acercado de una manera palpable al gran objetivo final del socialismo, la abolición de los monopolios económicos y sociales y la reorganización de la vida social sobre la base del trabajo común y del disfrute común de los valores producidos.

¿Es la conformación espiritual y psicológica de las clases laboriosas después del largo e incansable trabajo de esclarecimiento de la propaganda socialista tal que se sienten penetradas de la grandeza del problema y su sentimiento creador busca medios y caminos para abrir la ruta a la realización práctica del socialismo? ¿Se ha desarrollado hoy al fin el impulso hacia lo nuevo, el entusiasmo interior en pro de una completa transformación de la sociedad tan fuerte, si no en todos, al menos en los partidarios declarados de una u otra tendencia socialista, que sólo hace falta vencer el baluarte de la violencia estatal para entrar en el camino del socialismo?

Somos de opinión que todo el que haya reflexionado seriamente sobre este problema y no tiene los sentidos trastornados por el palabrerío hueco de los partidos, tiene que llegar a la convicción de que las presuposiciones de un tiempo no se han realizado, de que hoy estamos más lejos del socialismo que antes, de que los obreros, que sin embargo deberían ser los más interesados en la transformación social, derrochan desde hace décadas sus fuerzas inútilmente en rencores políticos partidistas sin salida, de manera que para los grandes problemas del socialismo apenas tienen comprensión. Pero ante todo se ha quedado en un doctrinarismo tan infecundo y vacío que toda perspectiva práctica para la actividad inmediata en el sentido del socialismo tuvo que perderse.

Al mismo tiempo el capitalismo se ha desarrollado a la categoría de un terrible poder nivelador de todo, sin chocar en la clase obrera organizada con una resistencia digna de mención. Del capitalismo privado de los tiempos pasados hemos entrado hoy en la fase del capitalismo colectivo con sus trusts y kartells nacionales e internacionales, con sus compañías de venta extendidas por todos los países y su dictadura de la economía. Si consideramos las cosas desde este punto de vista la realización práctica del socialismo aparece hoy mucho más difícil que antes, y todo ensayo práctico en pequeña escala tiene que estar rodeado por todas partes de impedimentos que antes no se conocieron en tal magnitud. No cabe duda, pues, que no sólo en espíritu, sino también en las posibilidades prácticas, hoy estamos más lejos del socialismo, en lugar de habernos acercado a él en una o en otra forma. No es ciertamente ninguna volubilidad pesimista la que nos mueve a la cons-

tatación de estos hechos, sino la sobria apreciación de las condiciones, la aspiración a exponer las cosas como están en realidad y no como quiere presentarlas una imaginación tropical.

Es verdad, se nos objetará que desconocemos completamente la última evolución de las condiciones económicas. Se nos querrá demostrar que la trufificación nacional e internacional, la racionalización de la economía y los ensayos para poner en lugar de la llamada libre concurrencia un mercado regulado y organizado, son las primeras condiciones ineludibles para la realización del socialismo. ¡Conocemos esa sabiduría! Pero sabemos también que las gentes que hacen tales afirmaciones no han comprendido nunca el espíritu y el contenido cultural del socialismo, que lo que ellos creen que es socialismo en el mejor de los casos no es más que un capitalismo de Estado larvado, cuya realización dejaría con mucho en las sombras todos los defectos y toda la nocividad del actual sistema capitalista. Sólo la carencia completa de todo sentimiento de liberad explica tal actitud, que nunca comprenderá que el socialismo no puede existir más que sobre la base de la más amplia libertad y que todo ensayo en otra dirección no puede conducir más que a un despotismo sin límites.

Hubo un tiempo en que el socialismo se separó agudamente del radicalismo político, reconociendo los precursores de las concepciones socialistas claramente que el socialismo tiene su propia esfera de influencia y debe hallar su expresión principalmente en la reorganización de la economía. Bajo esa suposición se desarrolló el socialismo experimental del primer período. Hoy la situación ha cambiado por completo. El movimiento socialista ha recibido en forma debilitada todas las aspiraciones del socialismo político, y eso en tal medida que sus ideas originarias se han vuelto cada vez más incoloras y su realización se ha postergado a tiempos cada vez más lejanos. Pero no ha dado tampoco más amplitud y profundidad al viejo mundo ideológico del radicalismo político; al contrario, la ilimitada credulidad estatista de sus partidarios ha quebrado el ímpetu de esas ideas obrando degeneradoramente en ellas, de modo que al fin no habría que maravillarse de que desde las filas de los más extremos socialistas de Estado fuese denominada la libertad "un prejuicio burgués".

Cuando los viejos socialistas de las más diversas tendencias hicieron sus primeros ensayo prácticos, eran una infima minoría cuyos ideas eran en absoluto extrañas al mundo exterior y no disponían de una organización digna de mención, sobre todo de una organización en el sentido del actual movimiento obrero que les pudiera ayudar en su acción práctica y en el influenciamiento de la opinión pública. Estaban circunscriptos casi exclusivamente a su buena voluntad y a su impulso interior para crear algo nuevo.

Hoy se ha modificado de un modo importante el cuadro. Los obreros han creado en todos los países grandes organizaciones, cuyos miembros se cuentan por millones. Además de las numerosas sociedades culturales socialistas en todos los dominios posibles, desde la asociación científica al club deportivo, los obreros están agrupados hoy en grandes partidos socialistas y en uniones sindicales que se extienden a todos los oficios y están ligados tanto nacional como internacionalmente. Además están las organizaciones cooperativas en todos los países, que ciertamente se han circunscripto casi sólo al consumo, pe-

ro que disponen igualmente de millones de miembros.

Todas esas organizaciones tienen hoy una prensa muy difundida, importantes medios financieros y una cantidad de instituciones públicas que sirven a los más diversos propósitos. Se cuentan así condiciones previas hoy que no podían soñar siquiera los socialistas del primer período, condiciones previas tanto para la posibilidad de los ensayos socialistas prácticos, como también para el influenciamiento continuo de la publicidad a fin de convencer a ésta de la justicia, de la utilidad y de la necesidad del socialismo.

Hace aproximadamente veinte años observaba Kropotkin una vez en un artículo de "Freedom" que el proletariado inglés disponía hoy de un aparato de organización que le permitía en todo momento proceder a una transformación de la vida social en el sentido del socialismo. Se refería con ello a los tres grandes movimientos de la clase obrera inglesa: los sindicatos, las cooperativas y el socialismo municipal. Según su opinión los sindicatos eran el instrumento más apropiado para la transformación del consumo, mientras que el socialismo municipal en unión con las innumerables organizaciones voluntarias para todos los fines posibles podía atender del mejor modo a la satisfacción de las necesidades culturales generales. Había principalmente que agrupar a esos tres movimientos sintéticamente y darles un objetivo común constructivo socialista.

Kropotkin tenía indudablemente razón. Las condiciones de organización para una actividad socialista constructiva existen realmente, y no sólo en Inglaterra, sino también en muchos otros países. Pero lo que nos falta es el espíritu socialista y la voluntad del socialismo. Prevemos ya en toda idea de un ensayo el resultado inevitable y nos maravillamos después cuando los obstáculos de nuestra fantasía se transforman en obstáculos reales... O como dijo tan hermosamente Landauer: "La destrucción de todos los obstáculos viene, si son obstáculos efectivos, cuando nos hemos acercado bien a ellos, de modo que no haya el menor espacio entre ellos y nosotros. Ahora los obstáculos son sólo presunción, fantasía, miedo. Vemos ya: esto y esto nos pasará si se llega a eso — y preferimos no hacer nada".

Lo peor es que todas esas formas diversas en que encuentra hoy el movimiento obrero socialista su expresión, se han adaptado por completo a lo existente y por decirlo así se han vuelto elementos integrantes de lo existente, sin que lo sospechen sus defensores. El socialismo político, que ha puesto todas sus aspiraciones en la conquista del poder, no entra ya en consideración, por esas razones, para la acción socialista constructiva. Los sindicatos se han adaptado tanto y tan exclusivamente a las condiciones dentro del Estado burgués que se estremecen ante todo ensayo de superar las fronteras del salariado y justamente por esa razón tienen que fallar cada vez más en las luchas por los mejoramientos momentáneos. Pues sólo al que exige grandes cosas se le conceden las pequeñas. Pero el que se ocupa siempre de lo pequeño y de lo infimo tiene que contentarse al fin con las miserables migajas que caen de la mesa de los poderosos.

Pero las cooperativas han olvidado hace mucho las condiciones previas de un tiempo para sus aspiraciones y se han transformado en órganos de la sociedad capitalista. No queremos disputar que también en esa forma pueden ser de modesta utilidad para el obrero aislado; sin embargo, la visión socialista que tuvo de ellas Robert Owen, se ha perdido

y junto con ella el impulso para la acción socialista constructiva.

Y sin embargo, estamos hoy de nuevo ante un período de transmutación en que se hace cada vez más sensible la necesidad de una actividad constructiva en el sentido del socialismo, y en que esa necesidad halla más y más eco. En todos los países existen ya rudimentos de esa acción. Por ese motivo consideramos apropiada una consideración detenida de las diversas formas del socialismo constructivo, desde los primeros ensayos del socialismo experimental hasta el moderno socialismo guildista. Tal será la misión de las sucesivas exposiciones.

2.—EL SOCIALISMO EXPERIMENTAL.

Si se quiere juzgar justamente el carácter y los intentos prácticos del viejo socialismo experimental hay que procurar comprender a sus defensores en el espíritu de su tiempo y apreciar de acuerdo a eso su acción constructiva. Incluso el espíritu más grande y de mirada más amplia está encadenado con mil cadenas a su tiempo y hay que medirlo en sus actos con su medida, de lo contrario se le puede convertir en una caricatura.

Fourier y su círculo, Saint-Simón y los saint-simonistas (en sentido estricto sólo condicionalmente se puede contar a Saint-Simon entre los socialistas experimentales, pero sí a los saint-simonistas, cuyas aspiraciones por lo demás no hay que confundir con las ideas del maestro), Leroux, Buchez y los portavoces de la idea de asociación, Cabet y los comunistas icarianos, lo mismo que Owen, Thompson, Grey y los demás representantes del socialismo experimental en Inglaterra, defendieron en sus concepciones sobre la vida social y sus instituciones opiniones diversas. Algunos de ellos se inclinaban decididamente en pro de las ideas libertarias, otros eran estrictamente autoritarios y otros de ellos oscilaban entre ambos polos, sin poder llegar a una concepción determinada.

Sin embargo, hay ciertos rasgos comunes entre ellos que no pueden desconocerse. A ellos pertenecen en primera línea el carácter pacífico de sus aspiraciones, su antipatía declarada contra todas las soluciones revolucionarias y el impulso interior de convencer al mundo de la exactitud de sus ideas por el ejemplo práctico.

Justamente esa actitud fué mencionada más tarde a menudo como prueba de sus sentimientos atrasados y de su falta de experiencia práctica. No queda, claro está, la menor duda de que nosotros tenemos hoy una gran serie de experiencias tras nosotros, que los precursores del moderno socialismo no podían tener; también disponemos hoy de determinadas condiciones previas para la difusión de las ideas socialistas, en las que entonces no se podía soñar siquiera. Pero por otra parte no se puede negar tampoco que los primeros defensores del pensamiento socialista moderno disponían de una serie de preciosas experiencias, que se perdieron después completamente para nosotros. Algunos de esos hombres habían vivido las grandes tempestades de la revolución francesa; los más jóvenes de ellos estaban todavía bajo el hechizo de sus consecuencias inmediatas. Esos experimentos prácticos ejercieron en su pensamiento una influencia innegable, lo cual encontró una clara expresión en su ulterior acción socialista.

Algunas cosas que antes no queríamos comprender bien, se nos han vuelto más palpables por las experiencias prácticas que hemos hecho con las re-

voluciones en Rusia y en la Europa central. Las exposiciones falsas y unilaterales de la gran revolución francesa por los historiadores del radicalismo burgués han ejercido un fuerte influjo en la mayor parte de los socialistas de nuestro tiempo. Han rodeado la dictadura del jacobinismo con una especie de nimbo revolucionario, fortificado más aún por la muerte violenta de los jefes más salientes de aquel partido.

Nos hemos habituado mucho a ver en la Convención revolucionaria la fuerza activa de la revolución, pues sus representantes han perdido en nuestra imaginación toda medida humana y han crecido a la categoría de titanes que imprimieron a la historia el sello de su voluntad. Así surgió en nuestro espíritu la noción de una superhumanidad revolucionaria, cuya concreción humana se perdió completamente en la niebla de los principios abstractos y por eso no llegó nunca a la conciencia. Se podría objetar que sólo la falta de comprensión para los acontecimientos económicos de la historia pudo conducir a tal culto a los héroes, si nuestro propio tiempo no nos hubiera enseñado algo mejor. Piénsese en los sucesos del entierro de Lenin, en el salvaje fanatismo que se desencadenó en una parte de los obreros e intelectuales de todo el mundo y que no vaciló en aplaudir entusiastamente cuando se abatió como perros a los marinos revolucionarios de Kronstadt y cuando se enterró vivos a millares de revolucionarios honestos en las prisiones del Estado bolchevista. Ninguna concepción materialista de la historia podría impedir ese moderno culto a los héroes, que ha dejado bien en las sombras incluso al culto que se había fomentado hasta aquí por los hombres de la convención francesa.

Hoy, en que nosotros mismos nos hemos vuelto testigos de grandes cambios sociales y en que tuvimos más de una vez ocasión de observar la insuficiencia de los nuevos gobernantes, los inteligentes entre nuestros contemporáneos miran también con otros ojos el período de la gran revolución francesa. Hemos visto con los propios ojos cómo se ha hecho dioses de hombres y hemos experimentado cómo los mismos hombres desnudaron a sus elegidos de toda divinidad y los entregaron al desprecio y al ridículo. Nada obra tan seriamente sobre los hombres como la caída misera de los poderosos que se habían elevado a su altura por el favor del momento. Todo crepúsculo de dioses conmueve el principio de la autoridad en sus piedras angulares.

Y hoy vemos cómo Trotsky, el nuevo "organizador de la victoria", y Zinovieff, cayeron en el polvo desde su grandeza de los amados revolucionarios, lo mismo que súbitas nersas ante el déncata del reino, arrancados despectivamente de la atmósfera de los inaccesibles y estigmatizados como traidores de la misma revolución que los llevó a las alturas. Si antes no había ninguna palabra demasiado grandiosa y redundante para alabar sus hechos y cantarlos en todo el mundo, hoy no hay injuria ni villanía bastante grandes para darles la coza bestial y denunciarlos al mundo como contrarrevolucionarios y merodeadores del partido.

Es verdad que la canalla "revolucionaria" de los burras grita hoy también "¡Bravo!" como entonces, cuando los caídos estaban todavía en el cenit de su magnificencia; — lo mismo que un tiempo, la misma muchedumbre que aplaudía un día a Robespierre y a Saint Just, al día siguiente aplaudía cuando las cabezas de estos caían bajo el cuchillo de la guillotina. Siempre ocurrió así cuando murieron los dioses.

Pero los espíritus serios que no se rebajan a vene-

radadores ciegos del éxito momentáneo y cuyos ojos escrutadores reconocieron tras los oropeles y decoraciones de fachada las trampas y los lazos del juego político de los rencores y de las intrigas partidistas, vieron caer las escamas de sus ojos y su admiración hereditaria ante los "titanes" se quebrantó para siempre.

Justamente por eso comprendemos hoy mejor que antes el que hombres como Saint-Simon, Fourier, etc. tuviesen un juicio diverso del nuestro sobre los sucesos revolucionarios de su tiempo. Actuaba en ellos con toda la fuerza la impresión de una época que nosotros no pudimos ver más que desde lejana perspectiva y por eso no pudimos comprender sus cualidades humanas y demasiado humanas.

La revolución francesa había fundado precisamente la creencia en la omnipotencia del Estado. Había convertido al súbdito en ciudadano y le había infundido la convicción de que él mismo estaba llamado a colaborar en el bien de la nación. Si antes uno forjaba las cadenas para todos, luego cada cual se forjaba las propias cadenas y creía sin embargo ser libre. Fué el jacobinismo el que desarrolló hasta el extremo esa fe ilusoria en el Estado, que todavía mantiene en su hechizo a la gran mayoría de los hombres. Sus defensores creían realmente poder poner fin con ayuda de la ley a todos los dolores humanos y a los defectos sociales. La legislación era para ellos la providencia terrestre, el legislador se había convertido en el amo ilimitado del destino de la nación.

"El legislador determina el futuro — decía Saint Just. Está en él el querer lo bueno y el formar a los hombres como crea conveniente".

Y los hombres de la "Convención inmortal" repitieron esa frase diariamente en todas las variaciones imaginables. Es incomprensible cuán poco sentido tuvieron esas gentes para las condiciones reales de la vida social. Vivían justamente en nociones abstractas y creían poder dominar todas las dificultades mediante decretos, lo mismo que nuestros modernos jacobinos en Rusia, que en el breve espacio de su existencia lanzaron más decretos que todos los demás gobiernos juntos.

Esa incapacidad práctica se manifestó del modo más palabras cuando la Convención debatió problemas económicos. Allí faltó a sus representantes toda profunda comprensión, toda mirada amplia, todo sentido para los problemas de la vida cotidiana.

Como toda gran transformación en la sociedad, así produjo también la revolución francesa al principio una honda conmoción del equilibrio económico, un estado de cosas que se agudizó por la posición hostil del extranjero frente a Francia. Especialmente en París y en las otras grandes ciudades francesas, con la desocupación creciente adquirió la miseria social formas monstruosas y se mostró en su figura más horrible.

Pero la Convención creyó poder hacer frente a ese espantoso fenómeno cuya ulterior evolución tenía que poner seriamente en peligro las conquistas de la revolución, mediante pomposos decretos. Así por ejemplo declaró solemnemente la miseria como un crimen y confió al Estado la organización de la beneficencia pública para ayudar a aquellos que no eran capaces de sostener su vida por el propio trabajo. Y con todo el aparato teatral que le era propio destinó el "parlamento revolucionario" una fiesta especial al año para honrar la desgracia y poner en movimiento moralmente la compasión pública.

Mientras tanto el gobierno se había endeudado

grandemente y no tuvo tampoco la posibilidad de poder reanudar medianamente siquiera tal sistema de manutención estatal. Ya el solo intento de querer suprimir la miseria social por la beneficencia pública inmensa con aterradora claridad cuán poco capaces eran aquellos hombres para comprender los problemas más cotidianos de la vida social y económica. Mientras la fraseología revolucionaria tuvo efecto sobre las grandes masas, el gobierno pudo permitirse tales cosas; pero a la larga el gesto teatral y el pacto de la retórica revolucionaria no podían seguir. La frase tenía que estrellarse tarde o temprano contra la realidad de la vida práctica. En el momento en que se volvió a la sobriedad, el fin se advirtió pronto; el camino al 9 Thermidor no fué obstaculizado ya por nada.

Los grandes precursores del socialismo, los que como Saint-Simon y Fourier, conocieron directamente el desarrollo de la revolución desde la caída de la vieja dinastía hasta la instauración del primer imperio, o como otros, todavía bajo la fresca impresión de los grandes acontecimientos, habían llegado a reconocer que la raíz del malestar social estaba mucho más honda, de lo que podían suponer los medios puramente políticos. Al contrario de los portavoces del radicalismo político veían en la base económica de la sociedad la verdadera causa de los acontecimientos políticos y sociales y aspiraban por tanto lógicamente a una modificación completa de las condiciones económicas. Reconocieron que tampoco la revolución puede crear un mundo de la nada, sino que sólo podía favorecer el desarrollo de los gérmenes ya existentes y a los que hasta entonces faltó la posibilidad de germinación.

Justamente por esa razón eran escépticos ante la revolución, pues no pudieron ver más que su parte destructiva, no sus tendencias constructivas y creadoras, que se manifestaron, es verdad, sólo en las acciones del pueblo, no en la actividad legislativa de la Convención.

Un pensador de la profundidad de Saint-Simon tenía que mirar con menosprecio interior el comportamiento de un gobierno "revolucionario" que se había mostrado totalmente incapaz frente a todos los problemas económicos y sociales. Había comparado una vez a la sociedad con un individuo y desarrollado así el pensamiento de que igual que la tutela de los padres sobre el hijo termina con su madurez, así el gobierno de los hombres se conservará hasta que hayan legado a la madurez interior por el desarrollo de la ciencia y de la industria. Pero entonces el arte de gobernar a los hombres tiene que dejar el puesto al arte de administrar las cosas. Se comprende por sí mismo que un hombre que en un tiempo en que la fe en la omnipotencia del Estado se había desarrollado tanto, abrigaba pensamientos tan atrevidos, no pudiera tener ninguna complacencia ni en la omnipotencia de los legisladores ni en la revolución de los decretos. El, que todavía en el lecho de muerte, dijo: "Toda mi vida se puede atribuir al solo pensamiento de garantizar a todos los hombres el libre desarrollo de sus capacidades", no podía avenirse al pensamiento de Rousseau de que el legislador "tiene que quitar a los hombres sus propias fuerzas y suplantárselas por fuerzas extrañas", un pensamiento que se convirtió en evangelio político del jacobinismo y que sigue siendo el gran ideal de todos los jacobinos modernos.

Saint-Simon, que era uno de los admiradores apasionados de la ciencia, saludó la industria, cuyo papel social previó con clara mirada de vidente, con

alegría apasionada, pero el pensamiento de hacer de los hombres autómatas lo asustó. Por esa razón no es tampoco responsable de los actos ulteriores de sus discípulos, de los que casi nadie fué capaz de seguir los atrevidos vuelos del pensamiento del maestro.

Pero tampoco Fourier podía en ese concepto pensar de otro modo. El, que reconoció en la asociación el medio para privar al trabajo del carácter de esclavitud, que quería hacer servir al bien de la comunidad gracias a una nueva educación toda tendencia y pasión del hombre, él, que con su teoría del "trabajo atractivo" dió al socialismo su profundo carácter psicológico y se imaginó el mundo del porvenir como una federación de comunas libremente productoras, cuya red se extendería por toda la tierra, no podía entusiasmarse ciertamente en el fondo de su corazón en pro de la sabiduría ordenadora del legislador. Sabía muy bien dónde había que buscar las verdaderas raíces de la esclavitud social.

Está claro, pues, por qué los primeros precursores de las modernas ideas socialistas no podían ser revolucionarios en el sentido ordinario de la palabra, aunque sus pensamientos han sido de una notable significación revolucionaria. Lo que les importaba a ellos en primer lugar era revolucionar los cerebros para hacerlos sensibles a la posibilidad de otro estado social y despertarles la voluntad de una modificación de las condiciones sociales.

Pero en ese trabajo les faltaron casi todas las condiciones previas que hoy existen para nosotros y que nos parecen perfectamente naturales. Aunque las clases laboriosas de la sociedad deberían tener el mayor interés por esas nuevas ideas, los socialistas de aquel período sólo podían dirigirse al pequeño círculo de los intelectuales casi sin excepción, pues un movimiento obrero en el sentido actual no lo había aún, fuera de Inglaterra, donde existían ya los comienzos de tal. No había asambleas como las de hoy, ni prensa socialista, ni movimiento organizado. Todo eso tuvo que ser creado. Aunque no hubiera sido más que por esa razón estaba más próximo el pensamiento de atraer la atención del mundo sobre las nuevas ideas mediante el ejemplo práctico y de vencer a los hombres de su exactitud interna por una pacífica propaganda de la acción.

Así se echó el cimiento del socialismo experimental de aquel período.

3.—LOS SAINT-SIMONISTAS EN MENILMONTANT.

De los ensayos prácticos de los viejos socialistas experimentales en Francia produjo gran expectación el experimento de la escuela saint-simoniana en 1832, aunque para la fuerza constructiva de la idea socialista fué el que menos significación tuvo. Pero el gobierno inició contra Enfantin y sus partidarios una acción de Estado, tan brutal como ridícula, y mediante ese absurdo procedimiento fué atraída la atención pública sobre la empresa de los saint-simonianos.

Saint-Simon había muerto hacía ya siete años y su escuela había hecho algunas hondas evoluciones cuando se emprendió el ensayo. Hemos observado ya que Saint Simon no era un socialista experimental en el sentido usual de la palabra; y en el fondo no era siquiera socialista, pues mantenía el derecho de propiedad, pero reconociendo la necesidad de una modificación de las condiciones de la propiedad. Una inteligencia poderosa y descendiente de una de las familias más viejas de la nobleza francesa, conoció

las alturas y las profundidades de la vida y había estudiado sus fenómenos con un interés precisamente científico, que no disminuyó cuando perdió su fortuna; vivió en la más amarga pobreza y fué empujado hasta el borde del suicidio.

Saint Simon fué uno de los primeros que comprendió completamente la enorme significación de la industria que se encontraba entonces tan sólo en sus estadios iniciales, mientras que la mayoría de sus contemporáneos no iban más allá de las consignas ordinarias de la política cotidiana. Vió en la industria el medio que debía redimir a la humanidad de la esclavitud política y económica; por eso se había elegido como lema de sus ideas estas palabras: "Todo por la industria, todo para ella". En su análisis de las condiciones sociales demostró a menudo una asombrosa perspicacia, y su capacidad para reconocer la conexión histórica de los acontecimientos y su condicionalidad económica, le hizo prever muchas cosas en que los demás no pensaban. Pero no tuvo un plan determinado para la curación del mal-estar social. En su obra principal: "Le Nouveau christianisme" había defendido el punto de vista "de que la misión de todas las instituciones sociales de nuestro siglo debe consistir en tener siempre presente el mejoramiento físico y moral de las clases más numerosas y más pobres", y ese pensamiento estaba en el fondo de todas sus ideas y proposiciones.

Por esta razón combatía toda renta sin trabajo y todos los privilegios en la sociedad y aspiraba a la unión de los artistas, de los sabios y de los artesanos para dar al orden social un nuevo fundamento. Según su opinión, se cambian en la historia siempre los períodos orgánicos y críticos, períodos de construcción y de derrumbe, pues el fundamento de la sociedad ha sido siempre la guerra hasta aquí. Tan sólo cuando el trabajo constituya el fundamento del orden social, la guerra cederá el puesto a la paz y la sociedad se organizará según el principio: "A cada uno según su capacidad; a cada capacidad según sus obras".

Las proposiciones prácticas de Saint-Simon no nos interesan aquí, pues no entran en el límite de este estudio. Mencionemos sólo su pronunciamiento en favor de un parlamento industrial, una proposición de la que se trasluce ya el pensamiento de sustituir la rutina diplomática por las necesidades económicas y de suprimir toda la política por la administración de la industria.

Después de la muerte del maestro sólo quedaron pocos adeptos de las nuevas doctrinas, gentes todas de los estratos intelectuales y propietarios de la sociedad. Saint-Simon había dejado a sus discípulos un gran número de ideas fecundas, pero no un sistema determinado. Este se desarrolló después por los saint-simonistas, llegando así a determinadas conclusiones que no tenían nada que ver o tenían muy poco con las doctrinas originarias del maestro.

Desde 1827 la vida política en Francia había asumido de nuevo formas más radicales; la revolución de Julio arrojaba ya sus sombras. Gracias a un trabajo activo los saint-simonistas habían logrado ganar una gran serie de nuevos partidarios, como en general un gran número de hombres que después, cada cual a su modo, se hicieron famosos, han recibido en la escuela del saint-simonismo su primera educación social. Nombremos sólo a A. Comte, el fundador del positivismo, F. Lesseps, el constructor del canal de Suez, A. Thierry, el conocido historiador, P. Leroux, Buchez, los hermanos Pereire, etc.

Pero aquellos que tuvieron la mayor influencia en el desenvolvimiento ulterior del saint-simonismo, fueron Bazard y Enfantin. Ambos dieron a las ideas de Saint Simon su fundamento socialista, pero al mismo tiempo también su carácter estrictamente autoritario y jerárquico. Bazard había pronunciado en rue Taranne (1829-1930) una serie de conferencias que llamaron mucho la atención y en las cuales intentó demostrar que la humanidad se acercaba a un nuevo período orgánico, que agruparía a todos los pueblos en una gran unidad espiritual y en una fe. Como resultado de esa unificación proclamaba: 1) La fraternización universal basada en el amor; en consecuencia, no más concurrencia. 2) A cada uno según su capacidad, a cada capacidad según sus obras; en consecuencia, no más derecho de herencia. 3) Organización de la industria; en consecuencia, no más guerra. Bazard desarrolló luego el plan de una administración económica jerárquicamente integrada, que culminaba en un papado industrial, mientras que Enfantin tenía presente más bien el desarrollo del saint-simonismo a la categoría de una nueva religión con las reglas estrictas de una iglesia y su ceremonial.

Gracias a la revolución de junio los saint-simonios recibieron un poderoso impulso. En las reuniones diarias se encontraban a menudo hasta 1.500 personas. Con ayuda de ricos Mebenas había conseguido la escuela comprar un cotidiano, "Le Globe", para extender sus ideas entre las masas. Al mismo tiempo intentó la escuela dar también un paso práctico para poner en evidencia la superioridad de la vida en común. En rue Monsigny se organizó la llamada "familia saint-simoniana" para rendir culto a la fraternidad. Se trataba aquí de una organización doméstica donde los "iniciados" de la escuela procuraban vivir prácticamente sus principios. Ciertamente eso no podía resultar más que en tanto que se trataba de una convivencia común, pues sólo a ello se circunscribía el hogar familiar de rue Monsigny. Se vivía juntos, se comía en común, se organizaban fiestas colectivas, lecciones, veladas de discusión, etc. Toda la instalación de la casa fue sostenida por los "hermanos" y las "hermanas". Algunos ofrecieron a disposición de la "familia" todo su mobiliario, otros preciosas bibliotecas; cada cual daba algo, de modo que la familia no tuvo que pagar un solo céntimo por los objetos de su instalación. Igualmente se llevaron a cabo en común la mayor parte de los trabajos necesarios, y eso en las horas libres que tenía cada uno cuando volvía de su ocupación diaria en la sociedad burguesa a la "familia". La administración del hogar familiar estaba ordenada de un modo estrictamente jerárquico según los principios saint-simonianos. Los "hermanos" y las "hermanas" elegían sus "padres" y sus "madres" y se inclinaban voluntariamente a sus prescripciones.

Los saint-simonianos habían pasado también a fundar algunos talleres sobre la base del principio de asociación, en los que fueron ocupados obreros que se habían adherido a sus ideas. Pero todos esos ensayos fracasaron cuando se preparó una escisión dentro del movimiento. El motivo para ella lo dieron las ideas de Enfantin sobre la "emancipación de la mujer", que había tomado de los escritos de Fourier. Había dado a esos pensamientos el carácter de un misticismo erótico, pero había, chocado así con la resistencia de muchos viejos discípulos y especialmente con los de Bazard. La lucha se expresó en interminables discusiones y al fin condujo a una escisión completa, con lo cual el movimiento fue tan

debilitado que tuvieron que liquidar no sólo su diario, sino también todas las demás instituciones.

Enfantin se retiró con unos cuarenta discípulos, todos técnicos, médicos, juristas, poetas, etc., a su finca familiar de Menilmontant, no lejos de París, para fundar una nueva comunidad de vida. Los colonistas se sometieron con gran entusiasmo a los trabajos más duros y menos habituales para ellos. La casa fue reparada, se construyeron salas y habitaciones comunes, se cultivó la tierra y se iniciaron algunas industrias domésticas. Toda la vida estaba regulada según determinadas formas y al modo de una comunidad eclesiástica, a cuya cabeza estaba "el padre" Enfantin. El trabajo comenzaba por la mañana a las seis, después que el "padre" había reunido su comuna para la oración y tomado el desayuno con ella en común. Felicien David había puesto en música algunos himnos de la escuela, que se cantaban en las reuniones colectivas y en las ocasiones solemnes. Otro "hermano" había planeado una indumentaria especial para los miembros de la nueva comuna, que se componía de un sobretodo azul, de un chaqué especial que sólo podía abrirse por detrás, de pantalones blancos, de un cinturón de cuero y de una gorra. Esa indumentaria debía ser llevada por todas partes para excitar la atención pública y tener así ocasión para las discusiones orales con los de fuera. En Menilmontant todo estaba adaptado a la parte propagandista.

Así todos tenían libre acceso a la comuna y podían participar personalmente en las ceremonias religiosas, en las festividades y demás actos de los colonistas. Se encontraron curiosos con frecuencia, no sólo de los próximos contornos, sino también de París y otras ciudades. También la prensa publicó a menudo noticias sobre los "excéntricos de Menilmontant", los que eran zaheridos con odiosas descripciones y al parecer perseguían el propósito de hacer proceder al gobierno contra ellos. En la Cámara francesa los diputados Dupin y Mauguin habían acusado ya antes a los saint-simonianos como "secta que predica la comunidad de los bienes y de las mujeres". Cuando el gobierno del "rey ciudadano" consideró firme, se decidió un golpe contra Enfantin y sus adeptos. Después de haber hecho la policía a menudo a los colonos de Menilmontant visitas nada gratas y de turbar sus ceremonias a bayonetazos, reclamó el gobierno a los jefes principales de la escuela, Enfantin, Chevalier, Duveyrier, Barrault y Rodríguez el 27 de agosto ante los tribunales. Se les acusó de contravención al artículo 291 del Código penal y del delito de injuria a la moral pública y a las buenas costumbres.

Todo el proceso fue uno de los procesos ordinarios contra una tendencia, tan frecuentes precisamente bajo el reinado de Luis Felipe. Los acusados estaban por decirlo así condenados de antemano, y la mejor defensa no podía socorrerles. Habían aparecido demostrativamente en su indumentaria ante el tribunal y defendieron sus principios con gran habilidad y viril convicción. El tribunal condenó a Enfantin, Chevalier y Duveyrier a un año de prisión cada uno y a 100 francos de multa, a Barrault y a Rodríguez — el último se había separado ya de Enfantin y no tuvo nada que ver con el experimento de Menilmontant — a 50 francos cada uno de multa.

Con eso se puso fin a la cuestión de la colonia de Menilmontant. Toda la escuela se disolvió, pero sus ideas continuaron obrando en el desarrollo del movimiento socialista francés. El ensayo de Menilmontant fue por decirlo así interrumpido violenta-

mente en sus estadios iniciales; por esta razón se puede juzgar difícilmente sobre sus ulteriores posibilidades de desarrollo. Sólo se sabe que en Lyon y algunas otras ciudades se habían planeado idénticos ensayos, pero que después de la condena de las cabezas de la escuela no llegaron a la ejecución. En la división y en los métodos del trabajo Enfantin había tomado mucho del fourierismo, pero el tiempo fue demasiado breve como para poder darse una idea exacta del valor y de la importancia de esos métodos.

Con la mentalidad estrechamente autoritaria de la escuela saint-simonista a la larga la colonia de Menilmontant no habría quedado libre de escisiones internas. A pesar de la conformación religiosa de sus adeptos, la naturaleza humana no se puede presionar mucho tiempo en determinadas formas. Eso lo han demostrado las escisiones anteriores bastante dentro de la escuela saint-simonista y tampoco en Menilmontant habría sido diverso el resultado. En qué grado esos ensayos en pequeño pueden tener en general un valor en el sentido del socialismo, el explicar eso y exponerlo debe ser nuestra tarea después de habernos formado un concepto de los otros ensayos del socialismo experimental.

4.—EL PENSAMIENTO CONSTRUCTIVO DEL FOURIERISMO.

La actividad propagandista de Fourier y de su pequeño núcleo se inició antes de los ensayos de los saint-simonianos, pero recién se expresó en forma cuando desapareció de la superficie la escuela saint-simoniana y se adhirieron a las doctrinas de Fourier algunas de sus fuerzas notables, como Jules Chevalier y Abel Transon. En la historia del desenvolvimiento de las ideas socialistas Fourier merece un puesto distinguido, después que se quebranta cada vez más la diferencia artificiosamente trazada entre el llamado "utopismo" y un supuesto "socialismo científico". Una personalidad singular, dotada de rica fantasía y al mismo tiempo con una gran perspicacia analítica para las condiciones de la vida práctica, se acercó a problemas que todavía hoy no han sido resueltos; al contrario, han adquirido más importancia desde entonces. Muchos de sus pensamientos no han perdido nada de su fuerza creadora. Una cantidad de estímulos que há dado en su tiempo, en el curso de los años se han olvidado por completo o parcialmente, después que el movimiento socialista se desvió cada vez más notoriamente por el camino de la llamada "política práctica" y se alejó por eso cada vez más de su punto originario de partida.

Algunas de las proposiciones de Fourier reaparecen a la publicidad como verdades novísimas, sin que sus defensores sospechen que esas ideas supuestamente nuevas habían sido pensadas y cimentadas de modo brillante ya por Fourier. Eso es lo que se refiere sobre todo al dominio de la educación moderna. Aquí Fourier fue realmente un precursor. Muchas de sus ideas que antes sólo llamaron la atención de pequeños círculos, son hoy generalmente apreciadas y constituyen por decirlo así la piedra angular de una verdadera educación libertaria.

No es misión nuestra el dar aquí un resumen amplio de las ideas de Fourier, pues el objeto de este trabajo es más reducido, y queremos ocuparnos sencillamente de las ideas que se refieren a la formación y al desarrollo del socialismo experimental y de sus métodos, es decir que tienen todavía importancia para la acción creadora socialista.

Fourier fue en el fondo el verdadero fundador del socialismo experimental, pues asoció en su modo de ver todo lo que caracteriza en general esa denominación. Gran admirador de las ciencias naturales, se interesó fuertemente por la química experimental, que se había abierto un camino irresistible después de los grandes descubrimientos de Lavoisier. Fourier era de opinión que había que empesar los mismos métodos también al dominio de la vida social. Ya en su primer obra, "Théorie des quatre mouvements", que por desgracia casi pasó desapercibida, defendió el punto de vista que toda nueva proposición tendiente a una transformación de las condiciones sociales de la vida, había que examinarla sin vacilaciones en pequeño por la aplicación práctica, para poder probar de esa manera y constatar sus beneficios efectivos para la comunidad. El saber si existen siempre y en todas partes, dentro del orden social actual, posibilidades prácticas para tales experimentos, eso es un problema del que nos ocuparemos después detenidamente. Una cosa está fuera de duda, que la interpretación de Fourier ha dado el verdadero fundamento para el socialismo experimental.

Si Saint Simon partía en todas sus consideraciones de la industria recientemente despertada, que le embriagó formalmente por sus ilimitadas posibilidades, en el sistema de Fourier la agricultura desempeñaba el papel más importante. Sin duda fue influenciado en ese concepto por las doctrinas de la llamada escuela fisiocrática. Pero no era de ningún modo un adversario de la industria, como algunos de los viejos fisiócratas, sino que reconoció su derecho a la existencia con la agricultura, aun cuando no previó como Saint Simon el formidable desenvolvimiento del industrialismo moderno.

Fue el comercio el que hizo madurar en él las ideas socialistas. Su oficio de comerciante le había permitido una honda visión en la existencia parasitaria del comercio y de la especulación. Justamente el período de la revolución y de las guerras sin fin con su ansia inescrupulosa de especulación, que pasaba por sobre cadáveres y estaba dispuesta a entregar la nación entera a la muerte del hambre, siempre que pudiera obtener así más altos beneficios, era más apropiado que ningún otro período para hacer ver claramente en todos sus complicados detalles la tendencia antropofágica del comercio. Nosotros, que nos hemos encontrado y hemos vivido un período idéntico de desvalorización monetaria y de desvergonzadas especulaciones sobre la miseria de las grandes masas, comprendemos tanto mejor toda la repugnancia que sintió Fourier contra los infames usureros y el craso egoísmo de los especuladores de la Bolsa y del comercio. Lo que Fourier ha escrito sobre las manipulaciones del comercio y de la Bolsa pertenece a los productos más clásicos de la literatura socialista y descubre aquel otro aspecto del problema social que justamente por los trabajadores es pasado por alto demasiado frecuentemente o es demasiado poco comprendido.

El moderno obrero industrial que ve siempre en sus luchas periódicas por el pan cotidiano al capitalista como enemigo directo, olvida demasiado fácilmente la explotación indigna a que es sometido por el comercio y por la Bolsa. Y sin embargo, ese aspecto del problema no sólo es de la mayor importancia, sino que aquí está también el punto desde el cual podría entablarse del mejor modo una acción común de los obreros con los pequeños campesinos, con lo cual se establecería un acercamiento y una

comprensión recíproca entre esos dos grupos de la población laboriosa que es tan urgentemente necesaria. Pero mientras no se establezca tal alianza, no hay que pensar en una realización práctica del socialismo. Aunque no sea más que por esta razón los pensamientos de Fourier merecen en ese dominio nuestra mayor atención.

Otro gran merito para el socialismo lo ha ganado Fourier por haber continuado, en una época totalmente estatista, que había encontrado su expresión más extrema en el jacobinismo, las tradiciones del pensamiento libertario, que había nacido antes del estallido de la revolución, especialmente en Diderot, un representante tan distinguido desterrando de sus concepciones teóricas y prácticas sobre la transición de la sociedad toda violencia exterior. En este sentido fue sin duda uno de los grandes precursores del socialismo libertario o anarquista, cuyos méritos hasta hoy por desgracia no han sido justamente apreciados. Es el estilo de Fourier el que ha contribuido mucho a entregar sus escritos al olvido. Se ha comparado a menudo su idioma a la jerga filosófica de Hegel, una comparación que no hay que desecharla de todo, aunque su estilo no carece de un cierto encanto, que se buscaría en vano en Hegel. Algunas cosas están confusas y oscuras; muchas palabras carecen de su sentido ordinario; además, se tiene innumerables neologismos que obran con frecuencia confundidamente en el lector y que hacen una tarea nada fácil de la lectura de los escritos de Fourier.

Si se compara el estilo de Fourier con el lenguaje pristino de Saint Simon, se comprende cuánta desventaja resulta para el primero. Además le falta el don de ordenar sistemáticamente sus pensamientos y de revestir sus ideas en frases breves y concisas, que se graban de inmediato en el espíritu y no vuelven a ser olvidadas. Así se es forzado a rebuscar trabajosamente de sus diversos escritos sus ideas básicas, despojándolas de todo el ríspido superfluo para comprenderlas en su verdadero sentido. En realidad el fourierismo encontró una verdadera difusión tan sólo cuando Víctor Considerant se adhirió a su escuela, pues él supo dar una expresión clara y concisa a las ideas del maestro.

Fourier no tenía ninguna confianza en una solución del problema social por las corporaciones políticas y legislativas. Para ello eran demasiado inconsistentes y múltiples las experiencias que había hecho durante a revolución francesa. En eso no cambia nada la circunstancia de que en diversas ocasiones se dirigió a financistas y a estadistas a fin de interesarles en pro de sus ideas. En tales ensayos no hay que olvidar la época de que se trata, a cuya influencia no podía escapar del todo Fourier. Pero comprendió claramente que el legislador, aunque estuviera animado de la mejor voluntad y estuviese dotado de los dones más notables del espíritu, no conseguiría nunca abarcar las diversas necesidades de un país y satisfacerlas.

Por esa razón su ideal era una federación de comunidades libres, que se extendería poco a poco por sobre provincias, países y el mundo entero. Cada comunidad debía circunscribirse a un reducido dominio y a una población de 1.500 personas aproximadamente, de manera que todos pudieran abarcar fácilmente todas las necesidades sociales y el aparato administrativo entero. Pues sólo en esas circunstancias está cada uno en situación de dar un juicio independiente sobre todos los problemas relativos a la comunidad, un juicio que proceda de su más íntima

convicción. Según la opinión de Fourier todas esas comunas están ligadas estrechamente por los intereses comunes y aspiraciones dirigidas en el mismo sentido y representan una gran unidad cultural que se vuelve tanto más fecunda cuanto más diversa y característica se desarrolla la vida en cada comuna.

La misión de cada comuna debería consistir en asegurar dentro de un territorio a sus miembros la mayor suma de bienestar material y de independencia personal. A ese objetivo debe subordinarse todo lo demás. Pero como el bienestar y la independencia son siempre conceptos relativos, pues la naturaleza humana desarrolla siempre nuevas necesidades, toda mejora impulsa a nuevas mejoras y a mayores perfeccionamientos. De este modo la vida social queda siempre en movimiento y elude el estancamiento.

El sistema administrativo de las comunas en el espíritu de Fourier se deja siempre a la libre elección de los habitantes. Toda categoría especial elige sus propios representantes. Y eso no sólo vale para los hombres, sino también para las mujeres y los niños. Toda violencia es totalmente excluida, pues sólo de ese modo puede desarrollarse la libertad sobre la base de la responsabilidad recíproca de abajo a arriba y actuar creadoramente.

Cuando se tiene presente que esos pensamientos fueron desarrollados en un período de la peor reacción, en un tiempo en que hombres como Bonald, de Maestre y Chateaubriand habían llevado a su más elevada perfección el principio de la autoridad y cuando la Santa Alianza presionaba sobre Europa, se comprende con exactitud qué méritos se ha conquistado Fourier para el pensamiento libertario.

Pero Fourier no se contentaba con la pintura de un estado social ideal, buscó también, los medios prácticos y los caminos para hacer posible tal situación. Entre todos los representantes del socialismo Fourier fué el que más y más hondamente ha reflexionado en las condiciones psicológicas y puramente económicas de una comuna libre, y a veces asombra constatar hasta qué detalles elaboró sus ideas. Fourier fué el verdadero fundador de la idea de asociación, del trabajo colectivo. Es verdad que Le Roux y otros le han disputado ese mérito, indicando que ese pensamiento se encuentra ya en Diderot y en el primer escrito de Saint Simon, pero eso no ecambia nada en el hecho que ningún otro ha comprendido tan profundamente ni ha fundamentado en todos los detalles esa idea como Fourier.

El pensamiento de la asociación y la teoría del trabajo atractivo forman por decirlo así las dos piedras fundamentales de la idea de Fourier de una transformación social. Comparada con esos dos principios básicos, su interpretación de una división del producto general del trabajo según el capital, el trabajo y el talento tiene poca importancia, tanto más cuanto que estaba condicionada por las circunstancias de la época. Fourier ha empleado además la mayor perspicacia para constatar por una parte la asombrosa importancia de la producción cooperativa frente al monopolismo y a la esclavitud del salariado y por otra para aportar la prueba de cómo el principio del trabajo atractivo suscitará una transformación completa en todos los dominios de la actividad humana, cuyos beneficios redundarían en favor de la generalidad.

Como defensor de la producción cooperativa ha hecho resaltar Fourier expresamente que el principio básico de todo trabajo social consiste en procurar obtener con el menor esfuerzo el mayor resultado. Con eso estaba claramente formulada la idea de la

llamada racionalización de la economía, que hoy desempeña un gran papel. Sólo con la diferencia que los representantes modernos de la racionalización sacrifican sin consideración los hombres a la economía para aumentar las ganancias de los monopolistas; mientras que según la concepción de Fourier la economía existe a causa del hombre y toda mejora del proceso de la producción debe redundar en beneficio de la comunidad. En el sistema de la economía privada la racionalización será siempre una ventaja para las minorías privilegiadas solamente, mientras que para las grandes masas tiene que convertirse en una maldición. Aquí se tratará siempre de una racionalización del material muerto y de los métodos técnicos, que marcha mano a mano con el loco derroche del material humano viviente. Sólo en un sistema de trabajo cooperativo aparece en su derecho la verdadera racionalización de la economía, como la entendió Fourier, y se transforma en una bendición para todos.

Fourier nos muestra las ventajas innegables del trabajo cooperativo con mil ejemplos de la agricultura, de la industria, de la economía doméstica, etc. y devela sin piedad el derroche absurdo en materiales, tiempo y trabajo que está ligado inevitablemente a toda forma de economía privada. Lo que supo presentarnos en ese dominio es de importancia inolvidable, aun cuando muchos de sus ejemplos parezcan hoy anticuados a consecuencia del desenvolvimiento técnico.

Pero no se contenta de ningún modo con el aspecto puramente material del problema, sino que profundiza también en su germen psicológico y llega así a la magnífica teoría del trabajo atractivo, que es uno de los pensamientos fundamentales del socialismo, aunque haya sido olvidado hace mucho por no pocos de nuestros socialistas actuales.

Antes de la gran revolución el trabajo en general pasaba como una ocupación inferior y como un deber impuesto a las llamadas clases bajas de la sociedad. El trabajo y la esclavitud eran conceptos sinónimos. La revolución había sacudido ciertamente la base moral de esa interpretación, pero como no tocó el sistema del salariado y del monopolismo, la situación quedó inmune y queda todavía. Fourier nos mostró que el impulso en favor de una cierta actividad corporal y espiritual se advierte en todo hombre normal y se expresa ya en la más temprana infancia. No es el trabajo como tal el que significa una carga para los hombres, sino la violencia a que hoy está ligado es lo que le hace aparecer como una maldición. Es, pues, la coacción la que nos hace sentir el trabajo como una esclavitud; pues los trabajos más difíciles y más complicados son emprendidos y realizados con alegría cuando se hacen voluntariamente y el individuo siente placer en su obra. No hay un martirio más terrible que el de privar por largo tiempo a un hombre de toda posibilidad de ocupación. Su fantasía inventará los medios más imposibles para procurarse una actividad cualquiera.

Se trata, pues, de hacer atractivo el trabajo. La ley de la atracción, a la que atribuyó Newton los movimientos de los cuerpos celestes, vale también para la vida y la existencia de la sociedad humana; es el trabajo atractivo. Por esta razón no sólo es necesario e ineludible hacer todo lo diverso posible el trabajo mediante el cambio natural, para que no pierda su encanto; será también la tarea más importante de una nueva educación el descubrir en el niño los talentos y las capacidades ocultas y encontrar para ellos una ocupación correspondiente.

"Es un gran error suponer — dice Fourier — que la naturaleza procede con economía en la distribución de talentos. Es en eso más pródiga de lo que corresponde a nuestros deseos y a nuestras necesidades. Vuestra misión está en descubrir y fomentar los gérmenes dispersos. En este concepto sois tan ignorantes como es ignorante un salvaje en el descubrimiento y la explotación de una mina. No tenéis ninguna capacidad, ninguna piedra de toque que os instruya sobre los fines para que la naturaleza destina los hombres y qué gérmenes ha sembrado en su alma. La educación civilizada aplasta esos gérmenes, los sofoca, de modo que de millones apenas nace uno. El arte de encontrar esos gérmenes será uno de los mil milagros que se os harán comprensibles por la doctrina de las series progresivas. Esta os enseñará hasta qué grado puede el individuo desarrollar y mejorar los diversos gérmenes de su talento, que le ha dado la naturaleza".

La educación no es para Fourier un adiestramiento, sino una formación sistemática de la personalidad y de la voluntad en el sentido de los talentos especiales y singularidades que existen en todo niño. Sólo de esa manera se obtiene un equilibrio armónico del sentimiento de la personalidad con los instintos sociales ya desde la juventud. Sólo mediante tal método educativo se tiene la garantía de que después cada cual encontrará su verdadero puesto en la vida y el trabajo se le convertirá en alegría. Los profundos pensamientos de Fourier nos han abierto aquí novísimas perspectivas, cuya significación para el futuro todavía no puede calcularse. Algo de lo que él ha escrito, es hoy anticuado; en otros puntos puede haberse equivocado, pero sus dos ideas fundamentales, la producción cooperativa y la teoría del trabajo atractivo con sus ricas perspectivas para todos los dominios de la actividad humana y especialmente de la educación quedan en pie, y no se les podrá ignorar siempre que sean emprendidos ensayos prácticos en el espíritu de un socialismo creador y constructivo.

5.—ENSAYOS DE LOS FOURIERISTAS EN EUROPA.

Charles Fourier estaba firmemente convencido de la realizabilidad práctica de sus ideas, y esa convicción adquirió en él algunas veces formas tan exageradas que muchos de sus contemporáneos le trataron como a un exaltado excéntrico y no se tomaron el trabajo de someter a un examen más detenido sus pensamientos. Era de la firme opinión el que en cuanto consiguiera fundar un falansterio con todas sus instituciones, comenzaría un nuevo período en la historia de la humanidad. No sólo los hombres de Europa se convencerían de la excelencia de su nuevo sistema social y comenzarían una nueva existencia en base a ese conocimiento, hasta las poblaciones salvajes y semisalvajes se convertirían a las nuevas ideas y les proporcionarían una manifestación práctica.

Pero por optimista que fuese Fourier en este concepto, nunca se dejó llevar, sin embargo, a la aprobación de todo experimento y a esperar de él la realización de sus ideas. Sabía muy bien que en ese terreno la buena voluntad de algunos no era todo, y que el éxito de un ensayo práctico dependía de condiciones muy diversas. Por esta razón era en extremo prudente y examinaba cada una de sus ideas desde el punto de vista de su realizabilidad práctica. Ninguno poseía en ese aspecto una previsión mayor

y un sentido más crítico que él. Por mucho que anhelase una posibilidad para la realización práctica de sus planes, rechazó sin embargo fundamentalmente todo experimento en pequeña escala y consideró los ensayos en pequeño como directamente nocivos, porque según su opinión estaban condenados a un fracaso seguro y por eso tenían que comprometer la idea de que habían salido. Incluso un éxito pasajero carecía de importancia, porque según su opinión no podía presentar ningún testimonio suficiente de la significación práctica de un nuevo sistema social.

La idea de una sociedad basada en el trabajo colectivo y en la solidaridad práctica no era para Fourier un problema puramente económico, sino un problema que abarcaba todas las ramas de la vida espiritual y social. Por esta razón en un ensayo práctico tenía que darse la completa posibilidad de permitir el desenvolvimiento libre de todos los fenómenos de la vida individual y social en nuevas condiciones. Para ello una colonia o una empresa industrial colectiva que sólo abarcara unas docenas de hombres no eran de ningún modo apropiadas y eso porque no podían ofrecer tal posibilidad. No sólo había que aportar la prueba de que el trabajo colectivo era más ventajoso en todo concepto y más rentable para la producción social que el asalariado existente, había que demostrar también que en el sistema de la asociación todo hombre tiene la posibilidad de encontrar una ocupación que corresponda a sus inclinaciones íntimas y a sus capacidades y que justamente por ese motivo nace en él el sentimiento de la alegría en su obra. Había que demostrar además que en una comuna en donde no habría más lugar para las transacciones usurarias del comercio moderno, las posibilidades materiales de vida para cada miembro de la sociedad no sólo son elevadas en grado considerable, sino que también en base a esas nuevas condiciones surgiría poco a poco otra conformación moral entre hombre y hombre y el egoísmo limitado del individuo que hoy juega un papel tan funesto, tendría que ceder ante más profundos sentimientos sociales. Y era preciso igualmente aportar la prueba de que una nueva especie de educación, que no tendría nada de común con el brutal adiestramiento de la moderna enseñanza, provocaría en el hombre un sentimiento de la personalidad muy distinto y señalaría a sus capacidades e inclinaciones desde la más temprana juventud el verdadero camino, de modo que pudiera desarrollarse una nueva cultura social en la que los intereses materiales y espirituales del individuo estarían soldados del modo más íntimo con los de la comunidad.

Es claro que un pequeño experimento no podría aportar esas pruebas y era preciso recurrir a ensayos en mayor escala. Un ensayo que se circunscribe a un pequeño número de personas, en el mejor de los casos y en circunstancias en extremo desfavorables, puede mejorar algo la suerte de algunos participantes y libertarlos de la férula directa del capitalista, pero no puede moverse más que en los cuadros del sistema capitalista.

Partiendo de esas consideraciones estaba Fourier decidido a emprender sólo un ensayo práctico en gran medida, que le diera la posibilidad de fundar un falansterio completo, en donde pudieran encontrar trabajo y vivir de 1.500 a 2.000 personas. Para eso según su cálculo era necesaria por lo menos una suma de un millón de francos y se sabe con qué conmovedora fe esperó en su casa durante largos años, a determinada hora, el hombre que pusiera a su disposición esa suma. Por lo demás, no hay que reirse

simplemente de esa ingenuidad aparente. No hay que olvidar que en aquel tiempo el socialismo apenas había aparecido entre los obreros, que no se hablaba aún de un verdadero movimiento obrero y que los partidarios de las aspiraciones socialistas se reclutaban exclusivamente en las filas de los intelectuales y de las clases poseedoras. Y entre las últimas había entonces un gran número de personas que en realidad hicieron grandes sacrificios materiales por su convicción.

Pero el hombre no vino y Fourier murió antes. Es verdad, se le había ofrecido la posibilidad de emprender en pequeña escala algunos experimentos, pero había rechazado obstinadamente esas propuestas, convencido de su ineficacia. Tan sólo después de su muerte comienza el verdadero período experimental de fourierismo, pero en conjunto sólo pocos éxitos pudo señalar. Las causas de ello fueron de naturaleza diversa. Los pequeños experimentos, en los que no podemos detenernos aquí, fracasaron casi todos por las deficiencias que Fourier había previsto ya con aguda visión. Pero los pocos ensayos mayores se frustraron principalmente por el empleo al azar de un material humano inadecuado o fracasaron por la intervención del gobierno, como pasó en España.

De todos los ensayos prácticos que habían emprendido los fourieristas en Europa y en América, todos sucumbieron tras una existencia más o menos corta, con la sola excepción del falansterio de Guisa, que existe todavía, pero que, como no podía menos de esperarse, tuvo que hacer grandes concesiones a la sociedad actual, para sostener su existencia. Como ese ensayo pertenece a los más interesantes que se han hecho en ese dominio, le dedicaremos un capítulo especial.

De los demás ensayos del fourierismo en Francia merecen citarse principalmente dos, no por los éxitos prácticos que han obtenido, sino por las enseñanzas prácticas que nos han dado en relación a las diversas dificultades que tienen que vencer tales experimentos en la sociedad actual. El primero de esos ensayos fué emprendido ya en 1832, en vida de Fourier, sin encontrar sin embargo su aprobación. Algunos discípulos de Fourier se reunieron para fundar en la posesión del diputado Baudet-Dulary en Condé sur Vosges un Falansterio en el sentido del maestro. Baudet-Dulary había conquistado un asiento en la Cámara en 1831, pero su actividad de representante del pueblo bastó sólo breve tiempo para poner toda su energía al servicio de las ideas de Fourier. Había reunido a su alrededor un pequeño círculo de partidarios de Fourier que no pudieron acomodarse a la prudente precaución del maestro y se dejaron llevar en su impulso de acción a una actividad práctica inmediata. Así se presentaron primero a la publicidad con diversos manifiestos, describiendo en colores seductores el nuevo mundo que estaban decididos a fundar. La posesión que Baudet-Dulary había puesto a su disposición alcanzaba a 500 hectáreas de tierra pero faltaban los necesarios recursos financieros para instalar los edificios y tener las necesarias herramientas. Esos recursos se creía poder obtenerlos mediante los llamados ardientes al público, pero aparte de los adeptos de la escuela fourierista apenas se interesó alguien por la empresa, aunque se había intentado darle una base puramente comercial, para llenar todas las formalidades que la ley prescribía. La "Colonie sociétaire", como se había llamado a la empresa, constituía una especie de sociedad por acciones. Todo miembro tenía que adquirir un cierto

número de acciones. Los obreros que no tenían el dinero necesario, podían adquirir acciones mediante su trabajo, hasta encontrarse en situación de actuar como miembros completos.

Si la parte puramente comercial estaba redactada bastante sobriamente, en cambio la parte social prometía grandes resultados. Todo el programa del fourierismo con todos sus nuevos métodos de trabajo y de educación debían aplicarse prácticamente y se esperaban brillantes triunfos. El débil eco que encontraron los diversos llamados, no asustó a los iniciadores de la empresa en modo alguno. Como no podía hablarse de una comuna de 1.500 a 2.000 personas, se resolvió comenzar con seiscientos hombres, mujeres y niños. Pero también para ellos faltaban las condiciones previas necesarias, pues el dinero que había ingresado no alcanzaba ni con mucho para levantar edificaciones convenientes. En lugar del gran "palacio social" o Falansterio de que Fourier había hablado, que superaría con mucho al palacio de Versalles y al gran convento del Escorial y cuya forma arquitectónica por decirlo así debía representar el símbolo de la nueva comuna, la "asociación de las series", tuvieron que contentarse con miserables chozas para viviendas y talleres. Eso fué en sí y por sí una gran decepción y enfrió considerablemente el entusiasmo de los pioneros.

Villermé ha descrito bastante exactamente los detalles de ese desdichado ensayo, y de su exposición surgen con suficiente claridad las causas de la rápida ruina. Ante todo no se había tenido ninguna preocupación para la elección del material humano. Se estaba convencido de que los métodos prácticos del fourierismo tenían que ejercer el mismo influjo en cada uno de los individuos. No se comprendió que la mentalidad de esclavos, las debilidades personales, etc., que el hombre adquiere en el curso de los años y en ciertas circunstancias, no pueden ser extirpadas de golpe, que actúan largo tiempo en su carácter y tan sólo pueden ser suprimidas poco a poco por un ambiente modificado. Pero sobre todo, toda nueva idea exige una cierta comprensión de los hombres y no puede serles impuesta desde afuera.

Entre los hombres que trabajaban en la "Colonie sociétaire", había tres categorías diversas. Había allí gentes que junto a la buena voluntad y a la convicción interior poseían también las cualidades para obrar orgánica y prácticamente y se acomodaban a toda actividad que consideraran necesaria. Pero ese elemento constituía sólo una pequeña minoría. Había además allí un grupo de jóvenes entusiastas que se había entusiasmado mucho por las nuevas ideas, pero que no habían realizado en su vida ningún trabajo físico y se habían imaginado de un modo muy distinto el esfuerzo práctico en la nueva comuna. Habían sido embriagados por hermosas palabras y de repente se vieron en la necesidad de emplear sus fuerzas físicas en cosas de las que hasta allí no habían tenido ninguna noción. Naturalmente fueron afectados por la diferencia repentina entre el sueño y la realidad, y perdieron pronto el valor.

Pero las peores experiencias se hicieron con los jornaleros ordinarios que no tenían noción alguna de las ideas del fourierismo y en consecuencia no pudieron adaptarse al nuevo ambiente. Fieles a los principios de Fourier, se hizo cambiar a esas gentes continuamente de ocupación, sin que se explicaran la utilidad o la conveniencia de la misma. Para los jornaleros ordinarios que estaban habituados desde la más temprana juventud a su trabajo y no habían conocido otra cosa en su vida, era algo incompre-

sible el que un día tuvieran que ir a trabajar al campo, al día siguiente reanudar trabajos caseros y el tercero dedicarse a la música y al canto. Como no comprendían el objeto de ese ejercicio, la vida entera en la nueva comunidad tuvo que aparecerles como una grotesca supertensión. Cooperaron, porque ganaban su pan con ello, sin adherirse íntimamente. Así ocurrió que toda la empresa, además de las insuficiencias materiales con que tuvo que luchar, careció del contacto interior. La consecuencia fue un caos cada vez mayor, hasta que al fin todo se disolvió en pacer.

También el segundo ensayo que se hizo en 1841 a 1842 en Cîteaux, cerca de Dijon, fracasó por causas idénticas, aunque las condiciones materiales eran mejores que en la finca de Baudet-Dulary. Aquí un inglés de nombre Arthur Young, un adepto convencido de las doctrinas de Fourier, había comprado una gran posesión de 1.300 hectáreas de tierra fértil, en donde ya existían diversas construcciones apropiadas, y en parte se edificaron nuevas. Young había fundado la empresa como sociedad cooperativa y se atuvo bastante a las prescripciones técnicas y jurídicas del maestro. Pero por precaución se reservó la dirección de toda la empresa. Young en el curso de ocho meses había empleado en la colonia no menos de 800.000 francos, pero la carencia de material humano apropiado hizo que la empresa fracasara. Se repitieron los mismos fenómenos que en Condé sur Vosges. Por esa causa fató desde el principio la conexión interna que era lo único que podía dar posibilidades de existencia a tal empresa. Después de ocho meses Young se había convencido completamente de la irrecundidad de la cuestión y vendió la finca con todo lo que había en ella, de modo que también ese ensayo terminó.

En España el fourierismo había encontrado eco desde 1836, especialmente en Andalucía. Sebastián Abreu, un ex-republicano, que en 1823 había votado en las Cortes por la deposición del tirano Fernando VII, había huido a Francia a consecuencia de la reacción victoriosa, y allí conoció personalmente a Fourier. Tomó parte también en el desgraciado experimento de Condé sur Vosges, cuyo fracaso no pudo conmover su firme creencia en las doctrinas del maestro. Vuelto a España, comenzó la propaganda de las ideas de Fourier y consiguió ganar para sus ideas un gran número de intelectuales; en Andalucía se adhirió al joven movimiento gran número de jornaleros del campo. A comienzos de la década 1840-50 el movimiento había adquirido tal difusión en Andalucía que se consideró llegado el momento para hacer un ensayo práctico. En oposición a los ensayos de Francia, los fourieristas españoles estaban inclinados a atenerse del todo a las ideas prácticas del maestro y planearon un experimento en gran escala. Don Manuel Sagracia de Veloy, un rico comerciante de Cádiz, había reunido para ese objeto la rica suma de cinco millones de pesetas y se hicieron todos los preparativos en Tampull, no lejos de Jerez de la Frontera, para fundar un falansterio. Cuando ya se estaba a punto de comenzar prácticamente, el gobierno intervino de repente y Espartero, el gobernante de España, puso tantas dificultades a la empresa que los fourieristas de Andalucía se vieron forzados a abandonar el plan. Más tarde siguió el movimiento socialista en España por otros derroteros, absteniéndose de ensayos de esta naturaleza.

Un gran experimento se hizo todavía en Argelia. Allí adquirieron los fourieristas 1.300 hectáreas y levantaron en ellas construcciones por un valor de

450.000 francos. Los resultados eran más promisorios, pero el clima hizo frustrar hasta un alto grado el triunfo, de modo que tampoco este ensayo pudo dar los frutos deseados.

6.—EL FAMILISTERIO DE GUISA.

De los numerosos ensayos que el fourierismo emprendió en Europa, solo uno fue coronado de éxito — el Familisterio que fundó Jean Baptiste Godin en Guisa y que todavía existe, aunque fué afectado grandemente por la guerra. En verdad esa empresa se edificó sobre una base distinta a la prescrita por Fourier, pero eso apenas podía eludirse dadas las circunstancias dominantes.

Sobre la empresa de Godin se ha escrito mucho tanto por burgueses como por socialistas, aunque los conceptos de los diversos autores a menudo difieren mucho. Algunos de ellos magnificaron a Godin como a uno de los más grandes benefactores de la humanidad, otros, entre ellos también algunos socialistas, lo calificaron de hábil, charlatán que sólo había pensado en su ventaja personal y supo ocultar su sed de ganancias bajo la toga del reformador social.

Si se compara todo lo que había de su ensayo en pro y en contra, se llega a la convicción de que Godin ha obrado muy seriamente con su experimento. Si ese ensayo en el curso de los años ha adquirido poco a poco formas que no podía prever él mismo, ocurrió bajo la presión de circunstancias externas a que no pudo escapar.

Se puede ser todo lo entusiasta que se quiera de tales experimentos, pero no hay que olvidar nunca que toda formación social lleva en sí, por decirlo así, las leyes de su orden interno, que corresponden a su más íntima naturaleza y vuelven en toda vida de su vida espiritual y material. El hombre puede comprender en el curso de los años la injusticia social y la insuficiencia económica y los defectos de un sistema y en base a ese conocimiento querer suprimir ese sistema y sustituirlo por un otro social mejor. Pero no logrará nunca levantar en medio de un orden social basado en la más brutal explotación de las masas un mundo socialista cerrado en miniatura, cuyas leyes sociales internas sean completamente diversas a las de su ambiente capitalista circundante. Tenemos más bien que adaptarnos al pensamiento de que todo ensayo emprendido en sentido socialista dentro del mundo capitalista, a pesar de nuestros mejores deseos, está ligado con mil hilos al sistema actual y no se puede librar de él voluntariamente. Por esta razón tales empresas no podrán contar más que con limitadas posibilidades. Su éxito solo puede expresarse en determinados dominios de la convivencia social; pero no será nunca capaz de transformar los fundamentos sociales y económicos del sistema actual de una manera radical. Para eso se necesitan medios declaradamente revolucionarios, que encuentren su más elevada expresión en la expropiación.

Si se ha reconocido al fin eso, se podrá juzgar justamente el ensayo de Godin y no se le hará responsable por ciertos aspectos de su experimento que no pueden eludir ciertamente los cuauros del sistema actual.

Godin era el hijo de un pobre herrero de aldea y nació en 1817 en Esquéhéries. Después de haber peregrinado un tiempo como obrero por toda Francia, fundó en 1840 en su aldea un pequeño taller para la elaboración de instalaciones caloríferas, que seis años después trasladó a Guisa. Una invención de éxito le convirtió en un hombre de fortuna y le dió

la posibilidad de ampliar su taller a la categoría de uno de los más importantes en la industria metalúrgica de Francia. Pero Godin no era sólo empresario. Dotado de un profundo instinto social, se inclinó de los grandes perfeccionamientos que tuvo que soportar cuando era obrero y aspiró en lo sucesivo a mejorar de todas las formas la situación de sus propios trabajadores. Les pagó altos suarios, redujo la jornada de trabajo, introdujo diversas cajas de ahorro; pero ninguno de esos medios le dio completa satisfacción, pues reconoció bien que no alcanzaban el largo verdadero del bienestar social. En sus inquietas aspiraciones en pos de un mejor reconocimiento de las relaciones sociales no pudo menos de conocer también los escritos de los grandes reformadores sociales de la primera mitad del siglo pasado. Primero fueron las doctrinas de Saint Simon las que le incluyeron a profundos estudios. Luego leyó la literatura de las diversas tendencias comunistas, pero no pudo entusiasmarse ni por el comunismo pacífico de Etienne Cabet ni por los métodos violentos de los Babeuvistas. Comprendió que todas esas ideas tenían un buen germén, pero reconoció al mismo tiempo la insuficiencia de las soluciones.

Entonces cayeron en sus manos los escritos de Victor Considerant, el más importante de los discípulos de Fourier, por medio de los cuales conoció por primera vez las ideas del maestro. La doctrina de Fourier obró en Godin como una revelación. Fué uno de los discípulos más adreagados del movimiento y lo protegió según las mejores posibilidades. Cuando Victor Considerant se dispuso a ensayar un experimento en gran escala en Texas y para ese fin se dirigió al público en demanda de auxilio, Godin puso a su disposición 100.000 francos. Pero él mismo resolvió fundar en Guisa un familisterio para probar prácticamente las ideas del maestro. Así comenzó en 1849 la construcción de, llamado Familisterio. Ha expuesto más tarde sus experiencias en una serie de escritos, que todavía hoy son de gran interés para los partidarios de los ensayos socialistas constructivos. Nombraremos aquí solo lo más importantes de sus escritos: "Solutions sociales" (1870), "La richesse au service du peuple, le familistere" (1876), "Mutualité sociale" (1880), "Mutualité nationale contre la misère" (1885), etc.

Para dar un juicio imparcial del ensayo de Godin en Guisa, no hay que dejar fuera de consideración diversas cosas. Ante todo hay que tener presente que la empresa se apoyó en una de las fábricas más importantes. La fábrica de Godin había llegado a ser en el curso de largos años y favorecida por las circunstancias, uno de los establecimientos metalúrgicos más importantes de Francia. De ese modo tuvo el experimento una base económica asegurada sobre la cual se pudo seguir contruyendo con éxito. Esa fué una gran ventaja que tenía a su favor frente a otros ensayos idénticos, puestos siempre ante el grave problema de obtener ante todo una base económica en que la empresa pudiera prosperar.

Godin era un hombre en extremo práctico dotado de grandes capacidades de organización y técnico-económicas. Reconoció por eso muy bien que una realización completa de los planes de Fourier dentro del orden social capitalista no era posible. Las experiencias del pasado no habían pasado ante él sin dejar rastros como ante tantos otros; por eso no se aferró servilmente a las concepciones del maestro, sino que hizo intervenir sus propios conocimientos. Comprendió por completo que su empresa tenía que adaptarse económicamente a las condiciones existen-

tes y que para él sólo podía tratarse de experimentar prácticamente determinadas ideas de Fournier y de llevarlas a la realidad.

Ante todo dirigió su mayor atención al material humano que debía emplear. La experiencia le había enseñado que algunos ensayos anteriores no habían fracasado solo por la inflexibilidad de las condiciones existentes, sino muy a menudo por la insuficiencia de los hombres que habían participado en ellos. Por esa razón trató de prevenir. Sabía que hombres nacidos y educados dentro de la sociedad capitalista no podían de la noche a la mañana ser provistos de más elevados sentimientos y aspiraciones sociales. Para eso se requería una larga educación que les aportase la comprensión de las nuevas condiciones sociales de la vida.

Godin comprendía bien que no podía fundar un Familisterio en el sentido de Fourier. Aunque no fuese más que porque tenía que dar a su empresa una base principalmente industrial, mientras que Fourier había puesto la agricultura en el centro de la producción. Pero de esa manera los habitantes del Familisterio de Guisa tuvieron de antemano un radio de acción más estrecho. Fourier soñaba con comunidades independientes de 1.500 a 2.000 miembros si era posible, cuyas necesidades debían ser cubiertas en gran parte por el propio trabajo. Según su teoría del trabajo atractivo quería hacer del trabajo para el individuo una alegría y una necesidad mediante el cambio frecuente en la actividad productiva. Godin, que se vió enteramente ligado a su fábrica, no pudo ofrecer a los obreros ese cambio y tuvo por consiguiente que buscar otros medios para hacer agradable y alegre el trabajo. Creyó poderlo conseguir del mejor modo reduciendo todo lo posible la jornada de trabajo y poniendo a disposición de cada obrero un hogar alegre y amistoso. En ese dominio ha procedido Godin como un precursor. En aquel tiempo eran muy pocos los que pensaban en una reforma seria de la vivienda obrera. Hoy, sin embargo, el problema de la vivienda constituye uno de los problemas más debatidos. Toda gran ciudad y todo distrito industrial dispone hoy de viviendas humanas que son demasiado malas hasta para los perros; y sin embargo tenemos que reconocer que las condiciones en este dominio, cuando se les compara con las del período inicial del capitalismo, se han mejorado esencialmente. La terrible difusión del alcoholismo y de la prostitución entre la población obrera del período inicial del capitalismo, fué directamente fomentada en parte por las horribles condiciones de la vivienda. Godin lo había reconocido bien y el famoso libro de Eugen Buret, "De la misère des classes laborieuses en Angleterre et en France", le había abierto los ojos completamente. Así declaró por ejemplo en 1870 en su escrito "Solutions sociales": "Todo intento de realizar una reforma del trabajo quedará ineficaz y sin resultado si no es acompañado al mismo tiempo de una reforma de la vivienda. Hay que crear un ambiente casero para las clases laboriosas que corresponda a sus necesidades y les haga accesibles las alegrías de la vida social a que todo ser humano tiene derecho."

Cuando Godin en 1859 se dispuso a construir su palacio social o su Familisterio, como lo llamó, partió de dos condiciones importantes: Quiso dar la demostración de que un gran número de personas podía convivir en un espacio restringido, sin que por ello quedarán lesionadas las comodidades personales y las exigencias del gusto individual. Y además quería demostrar cómo mediante tal convivencia se po-

día instaurar una especie fácil y cómoda de organización del consumo cotidiano, más renditivo y económico que el actual.

Todo el terreno del Familisterio se reducía a 33,73 hectáreas de tierra. De ellas ocupaban los talleres 4,5 hectáreas, los jardines y las instalaciones públicas 10,1. El resto fué ocupado por diversos edificios que servían a fines de vivienda, de educación o de mantenimiento. El terreno en el que se levantaron los diversos edificios, costaba 50.000 francos. El ala izquierda del Familisterio que se inició primero, exigió la suma de 300.000 francos. El edificio principal, terminado en 1864, costó 400.000 francos. En 1864 fué terminado el edificio para fines educativos, cuyo costo ascendió a 40.000 francos. Las escuelas y el teatro que se pusieron en marcha en 1869, costaron alrededor de 125.000 francos. Además vinieron luego baños y lavaderos por valor de 25.000 francos, de manera que el costo total llegó a un millón de francos.

El número de las habitaciones de cada vivienda era naturalmente diverso, pero todas las habitaciones, tanto arquitectónica como higiénicamente, estaban igualmente provistas, tanto si se trataba de viviendas para obreros o para empleados. En lo que se refiere a la limpieza y a instalaciones higiénicas, etc., en el Familisterio se hizo algo realmente ejemplar. Las viviendas se alquilaban a los empleados y a los obreros al precio de 25 céntimos por término medio el metro cuadrado. El precio en los pisos superiores era 10 céntimos más caro que en los inferiores. Además de las viviendas disponía el Familisterio de numerosos locales sociales: salón de lectura, restaurant, locales para diversiones, etc., que estaban a la libre disposición de cada uno. Igualmente había comodidades para el baño. La ornamentación interna de las habitaciones fué dejada al gusto de cada cual, a fin de que se manifestaran las predilecciones personales.

Todos los objetos del consumo diario podían ser retirados en el Familisterio mismo y se producían también allí en gran parte. Solo las cosas que se adquirían fuera más baratas se introducían. Godin pensó primero en suprimir la familia individual y proceder a las comidas y demás colectivamente. Pero abandonó ese plan pronto para no lesionar las inclinaciones personales del individuo; de manera que todos tenían la posibilidad de comer en el restaurant o de preparar su comida en su casa. La elaboración de algunos artículos y la administración del consumo estaba en gran parte en manos de las mujeres de los obreros empleados.

La venta fué regulada ya sea por el pago al contado o por inscripciones en un libro de cheques. Al fin de cada año se repartía a los compradores el 85 por ciento de la ganancia obtenida, según el monto de sus compras. El 15 por ciento de la ganancia total quedaba en la cooperativa.

Después que Godin se atrajo poco a poco un buen número de obreros y empleados que comprendían sus planes, pasó en 1880 a transformar todo su establecimiento en una empresa cooperativa. Naturalmente había hecho ya participar a sus obreros desde el comienzo en la ganancia de su empresa. Cuando la fábrica se declaró cooperativa, las acciones de los obreros ascendían a 209.800 francos, la parte de Godin, tres millones. Esa parte debían adquirirla los obreros y empleados de la empresa poco a poco, mediante la devolución del capital adelantado por Godin, con lo cual la empresa pasaría completamente a sus manos, lo que en efecto ocurrió en los primeros

años de este siglo. La ganancia se repartió hasta entonces así: 25 por ciento fué el fondo de reserva, 25 por ciento para la dirección y 50 por ciento se distribuyó a los obreros según su remuneración. Pero esa parte no se entregó a los obreros más que después de la amortización del capital de Godin.

Godin había hecho regular primero la administración interna de la fábrica por la libre elección, pero la experiencia le enseñó pronto que de ese modo no siempre ocupaban los puestos que merecían las personas apropiadas. Ese principio puramente democrático-político le pareció poco adecuado para la administración de una fábrica, pues exponía la empresa a toda suerte de oscilaciones, que en ciertas circunstancias podían ser funestas. Así hizo depender luego la presentación de los candidatos de los conocimientos personales y de sus capacidades especiales y los sometía a la elección después de la selección necesaria. Con eso impedía que elementos absolutamente incapaces, que tal vez se habían conquistado por su facilidad de palabra la confianza pasajera de sus camaradas, fuesen llevados a un puesto que eran incapaces de desempeñar. Sólo los conocimientos debían decidir, no la facilidad del lenguaje y la fraseología barata.

Con la aprobación de sus camaradas en el Familisterio había resuelto Godin que en la participación en las ganancias habría cinco clases especiales: 1. Participantes que estaban desde hacía por lo menos cinco años en la fábrica y poseían un capital de 500 francos. Esos recibían en la distribución de las ganancias por el doble de sus salarios. 2. Participantes de más de 21 años y que por lo menos habían estado ocupados tres años en la fábrica. Recibían por uno y medio más de su salario en la distribución de las ganancias. 3. Participantes que habían estado por lo menos un año en la fábrica; éstos recibían en la distribución de los beneficios según su salario. 4. Personas que no habían estado todavía un año en la fábrica; éstos sólo tenían derecho a disfrutar de las comodidades de las instituciones sociales del Familisterio. Además había otra categoría de ex obreros que por herencia, etc. se habían convertido en co-participantes.

Vemos que Godin procedió de un modo puramente comercial, lo que no tiene que maravillarnos en las condiciones de entonces y al mismo tiempo impidió que predominara una mayoría de recién llegados, que sólo habían trabajado muy breve espacio de tiempo.

En 1874 la cifra de los habitantes del Familisterio era de 900 a 1000 personas; en 1884 había aumentado ya a 1452. De cualquier modo que uno juzgue los planes de Godin en los detalles, en todo caso ha dado la prueba de que una gran empresa industrial puede existir también dentro de la sociedad capitalista en otras condiciones administrativas y con mejores condiciones sociales.

Una parte importante del Familisterio de Guisa fué ocupada por la educación de los niños. Aquí se atuvo Godin lo más estrechamente posible a las ideas de Fourier. Existían ocho secciones diversas dedicadas a la educación de los niños: 1. El instituto de espera, donde eran llevados los niños desde el nacimiento hasta los 26 o 28 meses. 2. El puponato, donde se ocupaban de los niños que ya podían andar, hasta los cuatro años. 3. El bambinato para niños de cuatro a seis años. 4. La pequeña escuela para niños de seis a ocho años. 5. La segunda escuela para niños de ocho a diez años. 6. La primera escuela, donde los niños eran llevados de diez a trece años. 7. El insti-

tuto superior para escolares que demostraban cualidades especiales. 8. El instituto para aprendices, donde los escolares podían aprender un oficio según su libre elección.

El principio fundamental de la educación consistía en hacer educarse a los niños en lo posible por sí mismos, es decir por su contacto continuo, un método que desarrollaba en realidad en los niños una temprana independencia. Según las ideas de Fourier se daba a los niños un derecho de co-determinación en la enseñanza, dirigida hábilmente por hombres y mujeres apropiados y que se impartía a los niños por la visión directa de las cosas. Mucho de lo que hoy se ensalza como un grato resultado de la moderna pedagogía, encontró su aplicación práctica desde hace décadas en el Familisterio de Guisa.

Godin murió en 1888, pero su empresa persistió como establecimiento cooperativo e hizo progresos no insignificantes en el curso de los años. Especialmente favorable fué el período de 1900 a 1914, durante el cual se hicieron importantes ampliaciones. Luego vino la guerra, que lesionó el Familisterio de Guisa en su nervio vital como a tantas otras empresas industriales en aquel gran período. Como Guisa estaba en la zona de guerra, la empresa de Godin tuvo que sufrir mucho. El establecimiento fué destruido y una parte del palacio social fué reducido por las llamas. Sin embargo, en cuanto terminó la guerra se comenzó a mejorar los daños sufridos y a reedificar la fábrica. El Familisterio contaba en 1912 más de dos mil habitantes. La mitad de ellos están nuevamente ocupada en el viejo hogar, y hay la probabilidad de que las consecuencias del gran asesinato de los pueblos se pueda subsanar en algunos años. Pero no se puede adelantar si el Familisterio, que hasta aquí quedó fiel al espíritu de su creador, continuará actuando en lo sucesivo en el mismo espíritu.



DEPORTE PROLETARIO

BRAND

Asociaciones libres de producción y de cambio

El compañero Jean Grave ha insistido, incluso desde estas columnas, sobre unas formas de asociación productiva libre, descendidas ante todo al embellecimiento del hogar con trabajos de arte, amorosamente ejecutados; esas asociaciones podrían extenderse, relacionarse, incluir todos los terrenos de la actividad humana y formar una red de grupos que trabajarían según sus principios no capitalistas de producción y que se regirían de un modo no capitalista tampoco en el terreno del consumo y de la distribución, aportando la prueba de la posibilidad de un sistema de vida mejor y echando así las bases de la sociedad futura, sin hablar ya de los atractivos que esas asociaciones ofrecerían al gran público que todavía no conoce nuestras ideas. Las ideas de Grave no fueron discutidas, parecieron demasiado simplistas y la pereza aconsejó a los más el acomodo práctico a la presente rutina. Somos quizás de los pocos que no rechazamos las proposiciones aludidas, aunque nuestras preferencias van más bien a la colonización agraria.

A continuación damos algunos fragmentos de una serie de artículos sobre la misma idea, de un amigo nuestro, "Brand", publicados en la revista individualista "Eresia" de New York, sobre las asociaciones libres de producción y de cambio. Aunque diferimos en la concepción filosófica de las ideas libertarias y encontramos en el individualismo de Brand algunas afirmaciones que nos parecen monstruosidades, junto a otras que son simples juegos de palabras, críticas ingeniosas a fantasmas creados por el crítico mismo, no vacilamos en suscribir la mayor parte de las consideraciones generales de este compañero — salvo las que emanan de su declarada decepción sobre la revolución y el tono exclusivista de la tesis — sobre el tema en cuestión, lo que prueba que se puede agregar a la palabra anarquista el epíteto de individualista, y sin embargo no rechazar de plano toda base de concordancia y de colaboración en un amplio terreno de aspiraciones comunes. — D. A. de S.

I

La lucha que conducimos por la liberación espiritual del individuo debe ser concretada por experimentos prácticos de realizaciones de independencia económica inmediata. Es especialmente a nosotros, los individualistas, a quienes corresponde intentar, impulsar esas realizaciones, porque somos de aquellos que más prisa tienen de vivir, los que más quieren vivir en el hoy.

Los individualistas deben demostrar a los anarquistas en general cuánto hay de realizable inmediatamente en nuestra doctrina; cuánto se puede vivir coherentemente con nuestros principios.

¿Qué se espera, pues, para intentar algo práctico? No hay que suponer que el sol del porvenir haga som-

bra a nuestro deseo, a nuestra necesidad de obrar pronto, de practicar pronto.

Los sueños no nos pueden satisfacer continuamente; no se puede vivir sólo de ellos y la urgencia de una vida real y práctica se hace sentir más que nunca.

Hemos alimentado nosotros también ilusiones de cambios gigantescos, de transformaciones violentas; también nosotros nos hemos mecido en la cómoda expectativa que, de un día al otro, con una pequeña presión, la supuesta barraca corrupta del capitalismo se habría deshecho y que sobre sus ruinas nos habría sido fácil levantar la nueva morada de los Prometeos libertados y que todo habría sucedido inevitablemente por el desenvolvimiento natural de las cuestiones humanas.

Engañoso y trágico fatalismo; bien caro hemos pagado las esperanzas que mantuviste en nosotros. Hemos aquí vueltos al punto de partida, al punto por el cual habríamos debido comenzar. Es cierto que deberá ocurrir una transmutación general; es inevitable, pero ¿cuándo?

Nosotros tenemos muy poco tiempo y muy poca voluntad de esperar siempre. Nuestro esfuerzo en la provocación de la catástrofe beneficia a nuestra enemiga la autoridad y no a nosotros. Cada espaldada que damos, sin convencer primero, hace rebotar violentamente el balón sobre nuestras cabezas.

La burguesía mantiene su poder porque asegura al productor la vida material, aunque miserablemente. Se vive mal; el pedazo de pan que se nos deja es duro, poco y amargo; pero se vive. Con todos sus defectos, con todos sus crímenes, el capitalismo nos asegura una cierta estabilidad de vida. Se muere lentamente, pero no se es aterrado por el espectro de una muerte rápida y dolorosa. Las libertades son pocas; sin embargo se puede jugar la partida al tresillo, hablar mal del vecino, beber su trago de vino y hasta comer su beefsteak. Se va tirando, aunque malamente.

Pero la anarquía es la incógnita que las prédicas no logran esclarecer; la falta de dirección, de dirigente no es concebible, cuando se está tan bien habituado a dejar hacer a los otros lo que deberíamos hacer nosotros mismos; y la ausencia de autoridad, para la mente grosera e inculta, no puede ser interpretada más que en un sentido de confusión, de desorden, de libertad para el delito y el delincuente. He ahí por qué, mientras no se haya creado una verdadera mentalidad libre, la revolución libertaria es imposible, y todo experimento revolucionario caerá bajo el control inevitable de otras o de las mismas autoridades.

Con las esperanzas de violentos cambios que se alejan de nosotros cada vez más y en todos los países, si no queremos ir hacia la consunción de nuestro movimiento, debemos hallar inmediatamente dis-

tintas formas de actividad, intentar otras formas de realizaciones.

Nos invade indudablemente un profundo sentimiento de pena, al tener que recomenzar el trabajo de ascension y por otras vías (en apariencia más lentas y fatigosas). Pero es preciso hacerlo, o continuaremos ladrando como perros rabiosos, sí, pero inofensivos.

No será ya con palabras como prepararemos nuestro futuro: será con hechos. Los hechos, las realizaciones prácticas dirán a las muchedumbres ignoras el valor de nuestras teorías.

Peró no es sólo para enseñar a los otros lo que vale nuestra doctrina que debemos comenzar a ponerla en práctica en todo lo que nos sea posible. Es también para comenzar a vivir nosotros mismos, no ya sueños, sino realidades. Pero para comenzar eso es necesario hacer una cierta limpieza mental. Poner en un rincón las fantasías, los ensueños demasiado fáciles, las palabras sonoras pero ineficaces e insuficientes para preparar bases sólidas para nuestra vida futura.

Debemos dejar también en un rincón el diletantismo palabrero e inconcuyente, las inútiles y ridiculas poses rodontianas de matasietes, de violadores de vírgenes o prostitutas, de masacradores de débiles y enfermos, de pisoteadores de derechos y libertades ajenos, si tenemos la fuerza para ello. Semejante maquiavelismo y semejante mentalidad violenta, exclusivista, autoritaria y reaccionaria, no logro comprender qué bien puede hacer al individualismo anárquico, si es que tiene alguna relación con él.

No es hora de dejar perder nuestro tiempo en especulaciones metafísicas, que nos dejan siempre en la misma posición; hay que preguntarnos un poco más lo que podemos hacer, lo que seremos capaces de hacer de práctico, para intentar salir en alguna forma de esta situación envilecedora, estúpida y cobarde de asalariados.

La vida que hay que vender todos los días en la fábrica, en la mina, en el palacio en construcción ¿no se os ha hecho todavía más odiosa? ¿Hanáis todavía el valor — o la vileza — para someteros todos los días a la férula y a la explotación del patrón, del jefe? ¿No habéis llegado todavía a la convicción de que eso no puede ser más tolerado; a la decisión de poner un término a esa vida de embrutecimiento? ¿No pensáis que hay que encontrar una vía de salida o bien colgarnos del próximo farol?

No es nuestra calidad de obreros lo que nos da el derecho a rebelarnos contra los que nos pisotean y oprimen. Es nuestra cualidad de hombres lo que nos confiere el derecho a la libertad ilimitada, a la independencia económica.

¿No queréis abandonar las ilusiones revolucionarias? No hay en ello ningún mal. ¿Pero esperaréis que la revolución se haga para conquistar por lo menos un poco de independencia moral y material? Espera, caballo, que crezca la hierba.

¡Oh, anarquistas de América! ¿creéis que una revolución aquí será posible hacerla mañana, dentro de diez años, o por lo menos antes que haya desaparecido la generación de vuestros hijos? Si somos sinceros con nosotros mismos, bien pocas ilusiones nos pueden quedar. Ni mañana ni dentro de diez generaciones se hará la revolución aquí en los Estados Unidos; y vosotros lo sabéis.

Veamos por tanto si nos es posible hacer algo, hoy mismo, por nuestra liberación.

Nada de colonias agrícolas en un puesto aislado cualquiera, en regiones inhabitables y lejanas de to-

do contacto y comunicación con el resto del mundo.

Toda tentativa de colonias en países lejanos y fuera del ambiente a que estamos habituados, fracasará y están destinadas a fracasar siempre. Se resiste un año, dos, cinco, pero después el aburrimiento invade a sus componentes y con el aburrimiento el continuo malhumor, y con este los linijos, hasta que la colonia se deshace.

Sin movernos de los lugares en que habitamos, es preciso tratar de reanar, así mismo, algo de realmente práctico y eficaz, para sustraernos, por lo menos a una parte (si no es posible a todo más que con la desaparición del sistema capitalista) de la esclavitud económica.

¿Cómo hacer? *Tratando de producir para nosotros mismos*, lo que ahora producimos para el amo.

Entre anarquistas y simpatizantes de nuestras ideas, se pueden contar ya decenas de millares, y cuántas cosas se podrían intentar en el campo de la producción independiente. Los anarquistas están empleados en todo campo de producción, tienen habilidad para la creación de todo objeto necesario a la vida moderna, podrían por tanto, producir para ellos mismos lo que necesitan, sin depender de la producción capitalista. Podríase producir lo mejor, en una forma independiente y agradable, y sin necesidad de someternos a la explotación burguesa.

¿Cómo? *Creando asociaciones libres de producción y de cambio.*

Demos algún ejemplo.

Los compañeros tipógrafos se unen entre sí en dos, tres, cien... y en lugar de ir a trabajar para una imprenta común, toman una máquina ellos mismos, y los tipos (se pueden adquirir a plazos) y se ponen a trabajar por cuenta propia, sin hacerse explotar ni explotar a otros.

Los compañeros panaderos forman también su asociación libre y hacen el pan por su cuenta. Los compañeros albañiles, sastres, zapateros, mecánicos, etc. forman también sus asociaciones libres y con bien poco cada uno, puesto en común, comenzando por poco, inician la producción independientemente.

Si antes de ponerse a producir, se tuviese el cuidado de crear un buen número de esas asociaciones en todas aquellas localidades donde existen compañeros, y se pusiesen entre ellas en relación para realizar el intercambio de los diferentes productos, se asegurarían recíprocamente el trabajo y por consiguiente una base segura de vida y de triunfo.

Para evitar la centralización y la introducción del autoritarismo en perjuicio de la una o de la otra, cada una de esas asociaciones se mantendría absolutamente independiente de las otras; realizar su producción y su funcionamiento interno, sin intervención exterior y mantener entre ellas puras relaciones de intereses materiales y morales.

Semejantes asociaciones no serían difícil de intentar (por lo menos no más difícil que cualquier otra tentativa de producción individual) y hay que maravillarse de que los anarquistas — que quieren ser prácticos en todas las cosas — no hayan intentado nunca su realización.

Estas reflexiones y proyectos los sometemos al estudio sereno de los compañeros que, cansados de las palabras, quieren intentar algo real para nuestra liberación.

Mientras tanto, que cada cual diga su pensamiento al respecto.

II

Continuando la exposición anterior sobre las asociaciones libres para la producción y el cambio de

los productos entre anarquistas, quiero llamar la atención de los compañeros sobre la enorme importancia que podría asumir semejante movimiento en nuestro campo, marcando un nuevo punto de partida de una gran parte de nuestra actividad futura en el presente régimen burgués.

Mientras hasta hoy hemos dado casi exclusivamente la prevalencia al arma política para alcanzar la transformación del sistema capitalista, con semejantes asociaciones nuestra ofensiva contra el enemigo tendría por base nuestra producción libre y equitativa, en comparación con la producción capitalista forzada (por la necesidad) y en beneficio principalmente de los detentadores del capital, y no de los productores directos. Por tanto, de la lucha a base de dialéctica, que tiene por fin el despertar de la conciencia popular y el consiguiente desencadenamiento de su ira contra la sociedad burguesa para poner término a la explotación y a la esclavitud a que somete al productor, pasaremos a la lucha por el ejemplo, tendiente a demostrar al productor real, cómo es posible la producción sin la clase dirigente llamada técnica y sin necesidad del financiamiento del capital vampiro. Porque, dada la simplicidad y el número reducido de las necesidades de la masa productora en general, sería verdaderamente un absurdo, una idiotez el suponer que ésta no tiene competencia suficiente para producir con qué atender a sus necesidades.

Si nos detenemos luego a hablar más particularmente de los anarquistas, siendo ellos los más cultos entre la masa, tienen la habilidad de sobra, desde este momento, para obrar sin la dirección técnica de la burguesía en el campo particular de la producción.

Es verdaderamente sorprendente — dada la sencillez de la producción particular — cómo los anarquistas no han intentado nunca colectivamente este experimento, y han continuado y continúan en cambio sudando e imprecando contra el capital ladrón.

A decir verdad, se hizo alguna tentativa pero sobre bases tan fantásticas e irrealas que tenían que provocar inevitablemente profundas desilusiones y decepciones.

Se quiso ignorar la sociedad en que vivimos, primero; no se quiso tener en cuenta cuán profundamente arraigado está en el individuo anarquista, aunque se diga comunista, el profundo sentimiento y la necesidad de la independencia individual. Con lo primero, se quiso sustraerse totalmente a la sociedad burguesa, mientras que eso no será posible más que con la destrucción de esa sociedad, porque ésta extiende sus tentáculos en todas partes y no hay rincón de la tierra donde no haga sentir su autoridad; lo segundo se consideró como secundario, mientras que es primordial; y todo experimento, no importa cuál, es destinado a fracasar si no se garantiza antes esa libertad al individuo.

Teniendo presente estos dos hechos primordiales, las asociaciones libres que yo propongo, se preparan a obrar en la órbita de la sociedad misma, teniendo como fin inmediato la negativa de los anarquistas a participar en la producción capitalista, por consecuencia a hacerse explotar por ella; y como aspiración final, la desaparición total del capitalismo con todos sus sostenes morales y materiales de opresión. Respecto de la libertad individual, siendo que yo no propongo ninguna especie de comunismo económico ni de convivencia común, está suficientemente garantizada. Los anarquistas, en donde se encuentren, reúnen por oficio sus capacidades y producen directamente para ellos y para los otros compañeros en

el ramo de producción en el cual tienen más capacidad.

Peró veamos cómo podrían constituirse y funcionar esas asociaciones.

Yo me tengo sobre ello a mantener la creación de esas asociaciones en el campo de las posibilidades y de una fácil realización en la sociedad en que vivimos. No proyecto complicados financiamientos colectivos por medio de bancas populares con mínimo interés tipo proudhoniano; ni la abolición de la moneda y el uso de bonos para el cambio y el pago de los productos, etc.; ni creación de grandes corporaciones colectivas que hagan concurrencia a las corporaciones capitalistas; ni alejamiento del ambiente en que vivimos y por consiguiente aislamiento de él; ni creación de una sociedad nueva en la sociedad capitalista, puesto que no nos sería permitido por el simple hecho que, al crear una nueva sociedad en el seno mismo de la vieja, entraríamos rápidamente en conflicto y nuestras asociaciones serían destruidas lentamente, quedando intactas las bases de la actual sociedad.

Debemos buscar medidas de seguridad frente al enemigo y construir nuestras asociaciones sirviéndonos del arma misma que es la base sobre la cual se apoya la sociedad capitalista, es decir: la producción privada; de modo que si un día la autoridad intentase destruir nuestras asociaciones, deberían atacar las bases mismas de su sistema, poniéndose automáticamente en un terreno de ilegalidad frente a su orden, perdiendo de ese modo el derecho moral a exigir el respeto a sus instituciones si ellas comienzan por violarlas.

En el orden presente, todo individuo tiene el derecho a producir individualmente para satisfacer simplemente las propias necesidades, y ninguna ley impone al particular que viva del salario o de la explotación de los asalariados. Por eso si los compañeros se reúnen entre sí y deciden no producir más para los amos sino para ellos mismos, ninguna ley se lo puede impedir, a condición de que no transgrienen sus asociaciones para resolver un problema económico en asociaciones políticas. De modo que su actividad política los anarquistas deberían resolverla en otra parte, como el capitalista excluye la política de su establecimiento.

Naturalmente, para comenzar, los progresos serán lentos, por la simple razón que los medios financieros que los compañeros poseen son poquitos; pero comenzando con la producción simple para satisfacer las necesidades más elementales, los fondos necesarios son íntimos y en poco tiempo se podría realizar algo.

Los compañeros, por ejemplo, que gustan del trabajo agrícola, podrían comprar — pagando a plazos — o alquilar terreno en lugares donde los compañeros son numerosos. Con poco dinero que cada cual consiguiera aportar, podrían comenzar la cría de gallinas, cerdos, vacas, etc., a cultivar legumbres, fruta, etcétera, según permitiesen el clima y el terreno. Con el medio de locomoción que la distancia requiriese, todos los días proveerían a los compañeros, a los amigos, a los vecinos, de leche, manteca, huevos, carne fresca, verdura, fruta, etc. según pudiesen producir y los compañeros les pagarían con otros productos o con dinero corriente según las necesidades y medios. Los compañeros zapateros producirían zapatos según los gustos particulares de los individuos y los cambiarían o venderían a los otros compañeros. Los compañeros sombrereros, sastres, ebanistas, harían igual, y espero que me digáis qué enormes

capitales se necesitarían cuando se está seguro de que su producto es colocado de inmediato y si es posible hecho a pedido?

¿No tenéis, por ejemplo, la dirección de dos o tres mil compañeros o simpatizantes, y no les hacéis llegar el diario, la revista, el libro, etc.? ¿Y por qué no los zapatos, el sombrero, el vestido, los instrumentos de trabajo, las máquinas la bicicleta los géneros y artículos alimenticios, etc., etc.? ¿Y no se podría hacer casas con dos, cinco o cincuenta departamentos — donde cada cual fuese absoluto propietario del propio —, y no continuar pagando alquiler, en algunos años? Los constructores de casas se hacen millonarios en pocos años y generalmente con capitales que se hacen prestar por los bancos, y somos nosotros los que los hacemos millonarios por falta de inteligencia y de audacia.

Muchos compañeros que intentaron individualmente resolver este problema fracasaron por lo general o tuvieron que convertirse en explotadores ellos mismos para sobrevivir, pues cuando intentaron distribuir sus productos en el mercado general, se hallaron frente a la concurrencia capitalista, que lo había acaparado todo ya y sus productos quedaron invendidos. Pero una vez que los anarquistas se ponen de acuerdo para producir y consumir ellos mismos sus productos, podemos reírnos altamente de la concurrencia capitalista y del acaparamiento del mercado, pues nosotros, en lo relativo a las necesidades principales y mayores, no dependemos ya de ellos. Y tendremos como inmediata consecuencia la abolición de las crisis de trabajo, porque no consumiendo generalmente más que para nuestras necesidades y siendo éstas constantes, la producción es uniforme y la desocupación no es ya concebible.

Naturalmente, debiendo depender siempre de fuentes capitalistas para obtener las materias primas, no conseguiremos sustraernos enteramente a su explotación; pero la habremos eliminado ya en gran medida, porque habremos suprimido la ganancia del fabricante, que es ya un treinta por ciento, y la ganancia del intermediario (al cual se presta generalmente poca atención, pero que es el más parásito), que es otro treinta y más por ciento, y seremos explotados sólo en el cuarenta o menos por ciento, y sabéis lo que eso significa como ganancia.

III

El que se detuviese a estudiar con profundo espíritu de observación y penetración en la mentalidad anarquista, haría este descubrimiento curioso: los anarquistas hablan continuamente de emancipación espiritual, de vida libre, de armonía y solidaridad, pero al oírlos y estudiar luego lo que realmente entienden por estas palabras, se queda en la duda, perplejos, y se pregunta uno, confuso, qué es lo que ellos quieren vivir, o si es que hablan de los otros, de lo que los otros y no ellos deberían vivir.

Vuestra perplejidad aumenta más cuando les sometéis medios fáciles y practicabilísimos para realizar inmediatamente una parte, por lo menos, de lo que dicen, y veis sacudir la cabeza por todas partes y decir: ¡imposible!

¿Por qué?

—Mañana, no hoy; mañana será posible todo; hoy, nada. Imposibilidad de ambiente, imposibilidad de armonía, de acuerdo entre los diversos anarquistas.

"Spain, land of tomorrow", dice alguno.

Anarquía, ideal de mañana.

Anarquistas... de mañana.

Mañana, he ahí la panacea que curará todos los males.

¡Oh, divino mañana, a tí elevamos nuestras preces fervientes! Sávanos de nuestra pobreza, sávanos de nuestra esclavitud; de la abyección en que nos encontramos; sávanos del vil tirano, de nuestra cobardía, de la comedia que nos representamos a nosotros mismos. Y si no quieres vernos continuamente mordidos por la cola y girando sobre nosotros mismos, sávanos, en fin, de tí mismo, dándonos un hoy. En tí confiamos y... esperamos. Mientras tanto continuaremos elevándote salmos e invocando tu gracia. Pues tú lo harás todo por nosotros, pobrecitos!

Y no queda más que preguntarnos: Si tenemos tan poca fe en nosotros mismos, si nos creemos tan incapaces de comportarnos anárquicamente entre compañeros, hoy, que en una cierta medida la ley burguesa nos impone todavía un cierto respeto a la personalidad, a los derechos, a los intereses ajenos, ¿cómo habríamos de comportarnos anárquicamente mañana, una vez abolidas las cárceles y los polizontes? No me corresponde a mí el responder a todas estas cuestiones. Pero si los anarquistas no son capaces de comportarse anárquicamente en todos los tiempos y en todos los lugares, no tenemos nada que sermonear a los demás, ni que censurar la ajena inconsciencia, ni que estigmatizar la ajena debilidad, ni que condenar los vicios de otros, ni que enfurecernos porque no viven racionalmente, ni suprimen su servidumbre y la... nuestra.

No menciono los obstáculos que el sistema capitalista opone a la realización de nuestra vida libre, porque aquí se tiene una cuestión de fuerza y no de intención y voluntad nuestras.

Las asociaciones libres de producción y de cambio no vendrían a resolver solamente una parte de nuestro problema material, sino también numerosos problemas sobre todo de orden moral.

Ante todo no deberíamos someternos más a trabajar y ser mandados por otros. Si un anarquista es víctima continuamente del tormento, él, hombre de intelecto evolucionado, de sentimientos buenos y equitativos, de espíritu tolerante y racional; por el tormento de ver continuamente violados sus derechos materiales y espirituales; de sentirse mandado por individuos inferiores y brutales, que no tienen en ninguna consideración su personalidad, que no tienen ninguna cuenta de sus necesidades y deseos, que lo rebajan al nivel de la materia bruta, de la máquina, y menos aún; que le niegan incluso la más razonable justicia; y bien: si el afán, el sufrimiento, el odio no consumen vuestro ser en las eternas jornadas de trabajo que se repiten todos los días hasta que os llegue la última hora (si no se repiten todavía, es porque entonces debéis tener que véroslos con el hambre siempre en acecho), eso quiere decir que vuestra personalidad anárquica ha muerto o no se ha manifestado todavía.

Para continuar meciéndose en el dulce *non fare*, se afirma que semejantes asociaciones, que toda asociación transformaría la mentalidad de sus componentes de libertaria en conservadora y pequeño-burguesa. Es probable; pero en esa eventualidad cesarían de ser asociaciones anarquistas y no podrían formar parte de nuestras asociaciones libres. De todas maneras el peligro de degeneración no sería mayor que aquel siempre presente para el anarquista que debe someterse continuamente al régimen de la fábrica, a su estado de asalariado. También esos degeneran o se les impide regenerarse.

Además, este estado de ánimo preconcebido se ba-

sa en el ejemplo dado por alguno de los pocos que consiguieron hacerse económicamente independientes; pero se debe pensar también que ellos degeneraron principalmente porque fueron constreñidos — para sobrevivir a la concurrencia capitalista — a colocarse en el mismo terreno del capitalismo, a producir según el capitalismo, a vivir y a pensar según el capitalismo y terminaron siendo... capitalistas.

Es muy diferente el caso de nuestras asociaciones, las cuales serán estimuladas a mantenerse rígidamente coherentes con los principios antiautoritarios del anarquismo, porque en caso contrario perderían todas las ventajas de colocar sus productos en nuestro campo y serían boicoteadas por los anarquistas, como se boicotean aquellas publicaciones que se desvían o reniegan de nuestra doctrina.

Otra gran ventaja sería también ésta: una gran parte de nuestros compañeros no tienen ninguna profesión u oficio; y si lo tienen, barridos por la reacción de un país a otro, no le sirve para nada a causa de que no conocen el idioma del país y están obligados a hacer los oficios peores, los más humillantes y los peor pagados. Con nuestras asociaciones, en cambio, los sin oficio podrían aprenderlo lo más pronto posible sin sacrificio alguno, y los del segundo caso encontrarían trabajo en la respectiva asociación, y en caso de que no existiesen todavía, aprenderían otro oficio.

En una época como la nuestra, además, y para el anarquista de temperamento errante y deseoso de conocer y de estudiar otros pueblos para formarse una idea global del problema humano, no puede uno confinarse en los límites del propio país, provincia o nación. Siente la necesidad de viajar, de ver, de estudiar con los propios ojos y con el propio cerebro. Actualmente esa necesidad se satisface (si se satisface) al precio de enormes padecimientos y sufrimientos. Llegados a una nueva nación, no conocéis el idioma, no tenéis conocimientos (y si los tenéis en la mayoría de los casos no os pueden ayudar apenas) y sois expuestos al hambre y a la desesperación para hallar una ocupación cualquiera.

Con nuestras asociaciones, extendidas internacionalmente, el problema cambia del todo. Os ponéis en relación con alguna asociación de vuestro oficio existente en la nación que deseáis visitar y podéis cambiar el puesto con alguno de sus miembros que desearse visitar vuestra nación de origen. En el caso extraordinario que no estuviese ese compañero dispuesto a cederos el suyo y a ocupar el vuestro, aquella asociación o alguna otra podrían ofrecer os siempre alguna ocupación segura. Boletines que saldrían para el funcionamiento de las asociaciones podrían traer pedidos de compañeros deseosos de cambiar su puesto de trabajo con compañeros de otras localidades o nacionalidades.

En tiempos de reacción como éstos, esas asociaciones serían la salvación de los perseguidos políticos. Estos tendrían en ellas un punto de apoyo moral y material. A ningún refugiado le faltaría el trabajo en las respectivas asociaciones o en otras, porque su trabajo... lo lleva consigo. Quiero decir que su trabajo es su *necesidad de consumo*, que no puede menos de llevar consigo a donde quiera que vaya. Produciendo para nuestras necesidades, donde el anarquista consume allí le es solicitada la equivalente participación en la producción. Podrá haber desequilibrios en la producción de un artículo especial no totalmente cubierto por el consumo interno de las asociaciones, pero a eso se reparará (como para adquirir aquellos artículos que no fuese posible pro-

ducir en nuestras asociaciones) extendiendo la venta de los objetos manufacturados por nosotros al público en general.

Aun en el caso de que un miembro de una asociación cayese víctima de la autoridad y fuese encarcelado, los otros miembros de la asociación sacrificarían una media hora, una hora o un minuto más al día de trabajo a fin de producir lo equivalente del asociado víctima o inválido — por un tiempo provisorio o permanente — y de proveer a las necesidades suyas y de su familia. En caso de enfermedad podría ocurrir lo mismo.

En el primer caso, ¡cuánta mayor energía encontraría el anarquista o la anarquista en la prosecución de la lucha contra los poderes políticos y económicos de la sociedad, cuando supiese que se proveería de parte de los asociados a sus necesidades y a las de su familia o personas dependientes de su trabajo!

Hoy, muchos de los compañeros, incluso de los más activos, son parcial o totalmente eliminados de la lucha, precisamente por esta preocupación de sus familias, y en las fábricas deben estar quietos por el temor a ser dejados en la calle, como sucede generalmente apenas abren la boca.

Es por eso que esas asociaciones, garantizando la satisfacción de nuestras necesidades materiales, no tienden a suprimir nuestra actividad demoleadora de la gangrena social, sustrayéndonos a la necesidad de hacer acto de sumisión diaria al capitalismo; adquirida una mayor independencia y satisfacción en nuestra producción; eliminado en gran parte el espectáculo afligente de ver nuestras energías consumidas en una infinidad de producciones inútiles y nocivas a nosotros mismos y a la colectividad; entrados en posesión de la posibilidad de satisfacer nuestra necesidad de viajar, de ver, de estudiar otros pueblos, de estar en contacto con otros miembros de la colectividad anarquista; en la seguridad de que en caso de caer víctimas de la autoridad opresiva por nuestra lucha contra ella, al día siguiente sabremos siempre dónde refugiarnos, todo eso hará de nosotros hombres nuevos, con más energía y vitalidad, con más alegría de vivir en nuestros corazones, y habremos vencido — en gran parte — aquella desesperación, que ha enviado a tantos de nuestros mejores compañeros al presidio y a algunos a la silla eléctrica y a la guillotina.

IV

El problema de los sindicatos obreros es de una importancia excepcional para tratar respecto de las asociaciones libres anarquistas de producción y de cambio. Aunque los anarquistas dicen que luchan por realizar la idea, si no para ellos mismos, al menos para las generaciones futuras, ellos — aun cuando lo digan y lo sostengan — no son tan idealistas como para ignorarse enteramente ellos mismos y sus propias necesidades. Al fin también ellos son hombres, quiero decir seres de carne y hueso, que llevan una vida material y viven, ante todo, de pan y de lo que se come con el pan en lo físico, antes del alimento espiritual; y es más que natural, es más que humano, que hallándose en la imposibilidad momentánea de transformar el sistema de opresión capitalista según sus aspiraciones de distribución equitativa de las riquezas naturales y producidas y de libertad, se hayan preocupado de hallar algún remedio para satisfacer en una forma progresiva sus necesidades inmediatas.

Lo que nos llena de sorpresa al reflexionar sobre

ello, es que no hayan sido capaces de encontrar un remedio anarquista para aliviar en alguna medida su desconsoladora situación de asalariados; y que hayan adoptado métodos y participado en organismos que por su funcionamiento interno (y por necesidad) contradicen nuestra doctrina de libertad individual.

Pero la doctrina anarquista ¿es tan pobre de recursos? ¿O es que tienen razón nuestros adversarios al decir que nosotros somos soñadores y nada más que soñadores, y que nuestra filosofía es una utopía que no ofrece ningún remedio real y práctico para las necesidades de la humanidad que sufre con tantos males?

El tantear en las tinieblas de los anarquistas; sus infinitas contradicciones en todos los campos, en todos los sentidos y en todos los tiempos; el no saber nunca qué hacer, qué acción adoptar en los momentos contingentes en los cuales una línea de conducta se impone inmediatamente; aquel obrar suyo siempre a remolque de los otros partidos y organizaciones, sin saber nunca emprender una acción independiente y genuinamente anarquista, lo haría más que su poner.

Pero se equivocan los primeros al creer que nuestra doctrina es incapaz de resolver el problema de la felicidad humana, y se equivocan todos aquellos anarquistas que, con su acción contradictoria, van en sostén de esta falsa concepción de la delibidad de nuestra filosofía, y con su poca fe, buscan fuera de ella aquellos remedios a nuestras necesidades materiales y espirituales que nuestra doctrina ofrece en bellas y numerosas formas y variedades.

Y es precisamente esta poca fe en la capacidad de realizaciones prácticas de nuestra doctrina, la que ha impulsado a tantos anarquistas a buscar en las organizaciones obreras, de inspiración socialista y sindicalista revolucionaria, y hasta en la A. F. de L., aquellas mejoras económicas de las cuales se creen con derecho a exigir desde hoy al capitalismo voraz.

Y yo pregunto en este punto, y lo pregunto a aquellos anarquistas que conceden este punto de vista, o lo valorizan con su apoyo: si algunos pretenden que el sindicalismo se basta a sí mismo, ¿por qué no debería bastarse a sí mismo el anarquismo? ¿Tal vez su constitución es tan imperfecta (¿y por qué entonces llamarlo un ideal superior a todos los demás?) para tener necesidad de las otras doctrinas a fin de realizar algo práctico?

¿O es perfecto sólo en el... sueño? ¿Qué es esta aparente contradicción? ¿Ofrece o no ofrece el anarquismo la solución a las necesidades y a la felicidad humana? Si se dice que sí, ¿por qué buscar entonces en el sindicalismo esa solución y no en el anarquismo mismo, creando alguna forma de convivencia, de apoyo mutuo y de mutua defensa que nos conduzca a él por la vía directa y no por caminos de través? ¿Por qué hasta aquí las asociaciones, organizaciones, agrupaciones de toda especie y genuinamente anarquistas se han mantenido siempre en el terreno teórico de lucha anticapitalista y antiestatal, y no han intentado nunca organizar un método propio, es decir: anarquista, de lucha práctica en el terreno económico?

He aquí cuestiones a las cuales quisiera tener una respuesta de aquellos compañeros que de buena fe creen ver en los sindicatos un medio eficaz de emancipación económica. Son dispensados de responder los organizadores profesionales en permanencia, porque éstos se ven ya lo que buscan en las organizaciones sindicales; porque su posición es generalmente la de

los cínicos de la política que se ríen en sordina de aquellos que creen en la utilidad de su profesión y cuando les reprocháis su poca fe, las ganancias que obtienen de su función y su poca sinceridad, tienen a veces la franqueza de responderos en confianza, teniendo buen cuidado de cerrar la puerta: "¿Qué quieres? ¡Es nuestro oficio! Es preciso hacer algo para pasar el mes... Y para pasar el mes se someten a toda indignidad, a toda baja, no avergonzándose de vivir alegremente de la limosna recogida centímo a centímo de tantos desgraciados trabajadores hambrientos. Pero no es mi propósito en este artículo combatir el profesionalismo sindical, cínico, ladrón y gendarme.

La deficiencia y la debilidad del anarquista está precisamente en carecer de un método económico anarquista de lucha para aliviar un poco el destino del productor anarquista en el sistema capitalista, y un método que pueda servir de ejemplo, de ayuda y de estímulo a la masa trabajadora para mejorar su suerte también, y prepararla espiritual y prácticamente para aquel concepto de tolerancia, de ecuanimidad y de libertad que es nuestra aspiración...

...He propuesto las asociaciones libres de producción y de cambio como uno de los medios que a mi juicio sería eficazísimo para mejorar nuestra situación, y de gran ayuda para hacer comprender a la masa de los trabajadores, cuál es la forma de vida a que aspiramos. Método anarquista, de propaganda anarquista y con fines anarquistas.

Porque un método verdaderamente anarquista sería sólo aquel que se aplicase estrictamente a una producción útil, necesaria, benéfica a la humanidad y que buscarse con otras categorías de productores la cooperación leal, la honestidad en los cambios, la sinceridad y el respeto a los acuerdos y contratos estatuidos y no la despreocupación, la doblez, el fraude.

Viene gana de reír — para no llorar — al pensar en aquellos compañeros que gastan todo su tiempo, energía e intelecto en los sindicatos para mejorar las condiciones económicas de aquellos obreros que trabajan en fabricar cigarrillos, salchichas putrefactas, alimentos averiados, alcohol para envenenar el cuerpo, diarios, libros para envenenar el cerebro, fusiles, cañones para asesinar, cuarteles para volverse estúpidos, joyas para los puercos y los imbéciles, y otra mil cosas para acabar de degenerarnos, de averiarnos, para completar nuestra desgracia, nuestra infelicidad e imbecilidad, y que llamen a su obra: hacer conciencias anarquistas.

¡Bellas conciencias anarquistas las que estáis preparando para la futura anarquía! ¡Y pobre anarquía si cae en manos de semejantes conciencias!

¡Con cuánta mayor eficacia y provecho emplearíais vuestra energía, vuestras buenas intenciones, vuestro entusiasmo, vuestro espíritu de solidaridad y cooperación para una obra de interés individual y colectivo en las libres asociaciones anarquistas! ¡Con cuánta mayor coherencia, con cuánta mayor sinceridad, con cuánto mayor beneficio lucharíais por el triunfo de nuestro ideal de libertad!

¿Y las masas? ¡Con qué interés seguirían nuestros experimentos, con qué facilidad comprenderían el funcionamiento de una sociedad sin explotación y autoridad y cómo se sentiría impulsada a sostenernos, a defendernos de los ataques de la autoridad, a imitarnos después de un breve período de tiempo.

Acabemos con la política de los compromisos, de las concesiones, con los caminos de través. Sigamos nuestro camino y creemos nuestra arma de batalla.

¡Que el anarquismo se baste a sí mismo!

EDUARDO MILANO

EL PRIMER PASO HACIA LA ANARQUIA

II

COMUNISMO ANARQUICO

Después de haber reberberado en una gran cantidad de escuelas; después de haberse afirmado universalmente en la Asociación Internacional de los Trabajadores (1864), y después de haber echado, con tal acción, las bases de la fraternidad y de la solidaridad entre los desheredados de todo el mundo; después de haber sufrido el bautismo purificador de sangre y de fuego en la comuna parisiense (1871), el ideal del socialismo surgió más fulgido, diré también, sublimizose en el comunismo anárquico.

Fue un progreso inmenso el de la afirmación del socialismo en el comunismo anárquico; tanto que, repito, bajo la bandera del colectivismo legalitario, única superviviente de las viejas escuelas, se recogieron hoy todas las fuerzas reaccionarias aliadas; los ambiciosos, los egoístas, los despóticas, los explotadores, los obscurantistas del mundo entero.

El comunismo anárquico, última expresión del progreso moral, social, filosófico y científico, sustituye el gobierno por la libre asociación; la patria por la fraternidad y la solidaridad universal; el contrato matrimonial por la familia anarquista; las leyes positivas por la ley moral natural; Dios por la ciencia.

Dicen los socialistas comunistas anarquistas: Derribados los presentes gobiernos, abolida la propiedad individual, proclamada la propiedad común, la fraternidad y la solidaridad universales, nos guardaremos bien de elegir nuevos representantes — diputados —, nos guardaremos bien de formar un nuevo gobierno. No más representantes investidos con el

Por la anarquía y anárquicamente demos el ejemplo de cómo se vive en libertad; mostremos al productor cuán fácil es, con qué pocos sacrificios se puede hacer frente a la voracidad capitalista mediante el método anárquico.

Las asociaciones libres anarquistas de producción y de cambio sirven a tal fin.

A los anarquistas de todas las tendencias corresponde realizarlas, perfeccionarlas e iniciar su realización.

Serán el faro que nos ayudará a salvarnos del precipicio de la desesperación en este turbio y espantoso período de reacción; serán la guía que nos sacará de este caos en que nos debatimos sin saber qué hacer, sin saber a dónde dirigirnos.

Contra la reacción, contra la explotación, contra todas las autoridades, con aquellos que estén dispuestos también ellos una vez a seguirnos, y no siempre a seguirlos nosotros a ellos, o contra todos, como anarquistas, anárquicamente por la anarquía.

poder autoritario, no más gobierno en el comunismo anárquico. La palabra *anarquía* significa ausencia absoluta de gobierno.

Admitida la ausencia absoluta de todo gobierno ¿de qué modo será organizada la sociedad en el comunismo anárquico?

"Si pretendiésemos dar una solución oficial a todos los problemas que se presenten en la vida de la sociedad futura, dice Malatesta, entenderíamos la abolición del gobierno en un sentido verdaderamente extraño. Nos declararíamos gobierno y prescribiríamos a modo de los legisladores religiosos un código universal para los hombres del mañana".

Abolidas las fuentes principales de los males presentes, como son la propiedad individual y el gobierno ¿qué mente sería capaz de predecir las necesidades que se impondrán a la comunidad futura libremente organizada?

Abolida toda suerte de gobierno, proclamada la propiedad común en el comunismo anárquico, toda comuna, todo grupo pensará en la propia administración, en el propio gobierno; es decir, cada comuna, cada grupo sería *autónoma, independiente*; obraría por sí mismo. Para producir, los ciudadanos de las diversas comunas, de los diversos grupos, se asociarían libremente en fracciones divididas por artes y oficios, como hoy tenemos un ejemplo en las sociedades cooperativas de trabajo.

En las mismas comunas, organizaciones apropiadas proveerán a la administración de los almacenes alimenticios, de las escuelas... Pero, nótese bien, también en las comunas anarquistas debería ser abolida absolutamente toda autoridad, todo código, todo tribunal (1), no siendo estrictamente necesario un poder autoritario, una ley escrita para garantizar la sociedad contra los pocos que en el comunismo anarquista tuviesen predisposición para el delito.

"Los buscadores de oro en las minas de la América occidental y de Australia, dice Max Nordau, encargáronse ellos mismos de su protección formando los llamados "comités de vigilancia" y, sin ninguna pompa autoritaria, reinó entre ellos el orden perfecto".

Hemos dicho que en el colectivismo el trabajo hecho en común sería objeto de cálculo y, por tanto, mediante los bonos de trabajo, distribuidos a cada individuo según el trabajo hecho, etc.

En el comunismo anarquista, el producto del trabajo colectivo será declarado propiedad común junto con la tierra, las casas y los instrumentos de trabajo, y por tanto no hay ninguna valuación más del producto del trabajo, ningún reparto, según el modo indicado por las fórmulas colectivas, ningún valor de cambio.

Un valor de cambio, llámese lira u hora de trabajo, es siempre una moneda, y mientras exista la moneda, existirá el incentivo brutal del egoísmo, gan-

grena horrible que corroe el corazón del hombre desde hace tantos siglos.

Abolida completamente toda valoración del trabajo, todo valor de cambio, toda especie de moneda; proclamada la federación y la solidaridad entre las comunas anarquistas, ¿de qué modo será regulado el consumo del producto del trabajo declarado propiedad común? ¿de qué modo se practicaría el intercambio?

En la anarquía, dijo Proudhon, sustituiremos la centralización política por la centralización económica. Podría por consiguiente ser instituida una administración central temporal sin autoridad de ninguna suerte (2).

Esa administración tomaría los modelos de producción que las comunas anarquistas le enviasen, pongamos por caso, cada mes; haría un resumen complejo de los diversos géneros producidos por las distintas comunas, y sobre la base de ese resumen regularía el intercambio, indicaría la parte que corresponde a cada comuna.

Toda comuna, todo grupo, recibida la propia parte de azúcar, de tejidos, etc., puesta una parte en los grandes almacenes de reserva, permitirá que se consuman a voluntad los géneros en superabundancia, y pasaría a la división de los productos cuya producción fuese limitada.

"División según las necesidades, dando preferencia a los niños y a los viejos, a los débiles, en suma, y todo eso consumido, no en la marmita social, sino en la propia según los gustos individuales, en compañía de la familia y de los amigos". (Kropotkin).

El intercambio de los productos podría ser practicado por simple pedido de las comunas, basándose en el ejemplo de la producción compleja, publicado mensualmente por la administración central o podría también ser regulado por la administración misma.

En cuanto a los géneros de que es imposible el intercambio, los habitantes de cada comuna proyeerán a los propios necesidades.

Así podría ser al comienzo en la anarquía. Todo esto es muy sencillo y muy práctico; millares de veces más sencillo y más práctico que la organización social querida por los socialistas colectivistas legalitarios con su famoso gobierno.

Es una entre las tantas ediciones de la historia del huevo de Cristóbal Colón.

Al surgir la anarquía, los ingenios selectos, independientes, quedarán fascinados y proclamarán la buena nueva.

Burlados por la ignorancia, hostilizados por los cobardes, calumniados por los ambientes hipócritas, combatidos con todo medio por el torpe egoísmo burgués, traicionados por gentes más viles que Judas, no se desanimaron y la noble idea progresó al precio de sangre de mártires que a millares dejaron la vida en las horcas, en las heladas landas de Siberia, en los presidios de Caledonia... ¿Cafá uno? ¡surgían cien! y ahora son millones los esclavos de los cuarteles, los parias de los campos y de las fábricas, los desposeídos, los que en nombre de la ciencia y de la ley moral natural propician la era de la verdadera igualdad, de la verdadera fraternidad y de la verdadera solidaridad.

Es la anarquía la que triunfa, es la eterna ley del progreso la que prosigue fatalmente su camino, abatiendo leyes injustas, viejos prejuicios, gobiernos despóticos, todo eso, en una palabra, que tiende a detener la carrera vertiginosa de la humanidad hacia un porvenir mejor.

COMUNISMO

Los socialistas anarquistas se dicen comunistas porque quieren que el producto del trabajo colectivo, es decir de todos, forme parte de la sociedad común lo mismo que la tierra, las casas y los instrumentos de trabajo; y que sea distribuido a cada individuo según las propias necesidades, sin que se tenga en cuenta su capacidad, etc. Por eso la fórmula colectivista: "a cada uno según el trabajo hecho y la propia capacidad; el producto es del productor", etc., los anarquistas la sustituyeron por esta otra: "de cada uno según las propias fuerzas, a cada uno según las propias necesidades".

Tal es precisamente la vieja fórmula del comunismo anárquico, que significa: en la gran familia anarquista, el hombre, libre de toda traba, trabajará en el límite concedido por las propias fuerzas y por la propia inteligencia y tendrá derecho a satisfacer humanamente todas sus necesidades (3).

Pero apresuremos a agregar que dicha fórmula no corresponde ya a los progresos de nuestras teorías. Veamos en efecto.

Los individuos en el comunismo, siendo un deber, teniendo la obligación de trabajar cada uno según las propias fuerzas, etc., ¿queda subentendido que se necesitaría un deber, una obligación que cumplir? ¿dónde existe un contralor? Además: ¿es posible, no tiene inconvenientes ese contralor? ¿Quién lo ejercerá? ¿y quién nos garantiza que de tal control, de tal apariencia de gobierno no nacera una nueva forma de despotismo? El comunismo se realizará sin duda porque indudablemente los hombres encontrarán la conveniencia de practicarlo, pero afin de que aportemos los frutos que de él esperamos, es preciso que tengamos cuidado de acoplarlo a la máxima libertad.

Escribieron Caffero y Covelli: "De cada uno y a cada uno según la propia voluntad", o en otros términos: "Haz lo que quieras".

He ahí la fórmula última del comunismo mediante cuya actuación los individuos todos, indistintamente, podrán alcanzar el máximo grado de libertad imaginable, posible. He aquí la fórmula que en interés recíproco, los trabajadores encontrarán pronto la conveniencia de practicar.

Haz lo que quieras. Solamente con esta condición encontrará cada individuo una existencia completa, desarrollándose en los límites de su naturaleza y "disfrutará con alegría intensa del proyo yo".

A los burgueses nacidos y crecidos en un ambiente todo egoísmo, les parece imposible que el hombre pueda encontrar impulso para el trabajo sin el estímulo del egoísmo mismo.

Suprimido completamente el interés individual, la utilidad directa, resorte de la presente actividad, ¿qué estímulo encontrarán todavía para el trabajo los individuos en el comunismo anárquico?, dicen.

Respondemos:

Dada la rapidez extraordinaria con que las tendencias, los hábitos, los usos, los gustos del hombre se modifican cuando el ambiente en que vive es cambiado de improviso, completamente; dada la educación y la instrucción integrales generalizadas, dado el desenvolvimiento de los nuevos principios morales, dada la reciprocidad de intereses, dadas las invenciones, los perfeccionamientos y la misma aplicación de las máquinas, que producirán una economía enorme de fuerza humana; dado el espíritu de emulación que hoy mismo crea ya héroes en la guerra, celebridades en el arte, en la ciencia, en el comunismo la

actividad humana seguirá indudablemente el máximo grado de desarrollo, dará los mejores frutos en los campos de la industria como en los de la ciencia y del arte.

Bien venga el comunismo anárquico a purificar el ambiente apestado por el egoísmo burgués, bien venga a derribar los instrumentos odiosos de las presentes y de las pasadas tiranías político-económicas.

El pueblo, "esta gran fuerza de la naturaleza", edificando sobre las ruinas todavía humeantes del viejo despotismo, no tardará en cubrir el globo con las maravillas de la propia producción.

LIBRE ASOCIACION Y SOLIDARIDAD

Las leyes fijas, consustanciales de la naturaleza eterna con que ésta se gobierna en su conjunto infinito, toman diversos nombres según los fenómenos que determinan. Tenemos así las leyes físicas, las químicas, etc.

El reino animal, y con él la humanidad, no siendo otra cosa que un fenómeno natural, su existencia está subordinada, no sólo a las leyes ya señaladas, cuyo complejo nos presenta el orden admirable de la naturaleza-universo, sino que tiene leyes propias que determinan su desenvolvimiento progresivo en fenómenos secundarios.

Entre estas leyes está la de la asociación y la solidaridad.

Numerosísimos son los ejemplos de libre asociación y también de solidaridad que nos son dados por los insectos, por los peces, por los reptiles, por los pájaros y por los mamíferos; entre los cuales se distinguen de modo particular las hormigas, las abejas, las grullas, los pelicanos, los caballos, los bisontes y los perros en el estado salvaje; los papagayos, las marmotas, los castores, los monjes.

"La libre asociación y el apoyo mutuo, son leyes de la naturaleza, tanto como la lucha por la existencia.

"Los animales más sociables son los más aptos y la sociabilidad aparece como el factor principal de la evolución, asegurando directamente el bienestar de la especie, promoviendo indirectamente el desarrollo de la inteligencia" (Kropotkin).

El hombre, animal superior, es eminentemente sociable y por consiguiente está dotado de los sentimientos de fraternidad, solidaridad, etc., que son producto natural de la sociabilidad. Lo testimonian "la hospitalidad de los pueblos primitivos, el respeto a la vida humana, el sentimiento de reciprocidad, de compasión por los débiles, la bravura hasta el sacrificio de sí mismo en el interés de los otros, que se aprende a practicar primero hacia los niños y los amigos y más tarde hacia la comunidad, — cualidades todas que se desarrollan en el hombre anteriormente a las leyes e independientemente de toda religión, como en todos los animales sociables" (Pedro Kropotkin, "Palabra de un Rebelde").

Pero hay que notar además que en el género humano, apenas en la primitiva comunidad de bienes, se introdujo la propiedad individual y con ella el antagonismo de intereses; en la libre asociación y en la solidaridad entre iguales, con el gobierno se introdujo el despotismo, la explotación de los pocos privilegiados, los asociados más astutos y más fuertes, sobre los muchos, los débiles y los ignorantes.

Tal es el espectáculo misero que durante millares de años nos presentó la sociedad basada en el egois-

mo, en la dominación, en la explotación; tal es el espectáculo que nos presenta todavía.

Inútilmente buscaremos un ejemplo de semejante barbarie entre las diversas asociaciones de animales inferiores a la propia especie.

Pero, desde hace muchos años, en el seno mismo de los viejos gobiernos, en víspera de su descomposición, vemos desarrollarse un principio de libre asociación y de solidaridad entre los obreros completamente nuevo, enteramente humano y, por negativos que sean los resultados, de suma importancia para el sociólogo moderno.

Gracias al mencionado principio de libre asociación y de solidaridad en la Babilonia del moderno organismo social, los trabajadores se asocian a menudo, espontáneamente y no ya con la intención de dominar y de explotar a su prójimo, como ha sido casi siempre en el espíritu de los hombres que componen las antiguas clases privilegiadas, sino con el propósito de sustraerse a la dominación, a la servidumbre, a la explotación de ellas; con el propósito de satisfacer la imperiosa necesidad de instruirse, de educarse moral y físicamente.

Tenemos así las asociaciones de trabajo, de consumo, de socorro mutuo, las ligas de resistencia, las cámaras del trabajo, los círculos recreativos, los círculos de estudios sociales, las escuelas nocturnas de dibujo, de idiomas, de matemáticas, las palestras de gimnasia, compuestas todas por individuos libremente asociados.

Con las asociaciones de trabajo, de consumo, con los círculos recreativos, los obreros tienen una prueba de la posibilidad de escapar completamente a la explotación del capital industrial, territorial y comercial, valiéndose de la libre asociación practicada universalmente, de la cooperación y de la puesta en común de todas las riquezas.

Con las sociedades de socorros mutuos tienen un ejemplo minúsculo de los inmensos beneficios que obtendrá el género humano del pacto de solidaridad.

Por último, con las asociaciones de trabajo, de consumo, de socorro mutuo, con los círculos recreativos, etcétera, los obreros tienen un ejemplo de cómo mediante la libre asociación y el pacto de solidaridad universal, no sólo es posible, sino fácil la organización de la sociedad futura, apenas se declare la propiedad común.

Las asociaciones de trabajo tienen, a nuestro modo de ver, una importancia especial. Son pobres obreros, tipógrafos, mecánicos, carpinteros, albañiles, silleros, zapateros, etc., que al precio de inauditos sacrificios, algunas veces, no obstante las crisis industriales y comerciales en permanencia, consiguen asociarse, implantar un tallerito, trabajar por cuenta propia, obrar por sí mismos.

Tomemos por ejemplo los jornaleros.

"Son los más pobres entre los asalariados, los más infelices, los más oprimidos, son los trabajadores de la tierra, los de los caminos, los obreros de la azada que sufren el hambre crónica con alguna lira al día.

"En Romagna antes, después en la provincia de Reggio Emilia y en el Polesine, y ahora también en el Vercelese, van formándose las sociedades de braceros, las cuales, poco a poco, sustituyen a los empresarios en la asunción de las obras públicas". (Del Secolo, de Milán, 1890).

¿Y las libres asociaciones de trabajo entre los obreros agricultores?

El grande, el inmortal Proudhon había escrito: "El trabajo agrícola es el más salubre desde el punto

de vista de la moral y de la higiene, y respecto al ejercicio intelectual es el más enciclopédico.

"Por todas estas consideraciones el trabajo agrícola es el que exige menos, digamos mejor, el que rechaza con mayor energía la forma societaria. No se ha visto nunca a los campesinos formando una sociedad para el cultivo de sus campos, ni se verá nunca".

Ahora bien, Proudhon se engañaba. La libre asociación ha traspasado sus atrevidísimas previsiones.

Tenemos las pruebas en las colonias agrícolas.

Es imposible quedar indiferentes ante los resultados, por mezquinos que sean, que nos da el principio asociativo, de cooperación y de solidaridad entre los obreros, principio que nos anuncia para breve plazo una radical transformación de la sociedad presente.

En un próximo porvenir, gracias a la libre asociación, a la cooperación y a la solidaridad universal, los hombres gozarán todos igualmente de los beneficios de la ciencia aplicada a la mecánica, a la industria y a la agricultura. Una libre asociación será en la anarquía el régimen del grupo, de la comuna; una más grande todavía será el de la familia humana.

Queda demostrado por tanto que la organización anarquista, basada en la libre asociación, no es la fabricación de un sistema más o menos complicado, más o menos ingenioso, como sería, por ejemplo, el querido por los colectivistas legalitarios, sino el desarrollo natural del progreso social.

¿Será propiamente posible por tanto la realización de las teorías comunistas anarquistas? ¿Será posible la anarquía?

Para decir que no, habrá que negar los ejemplos de libre asociación que nos dan las cooperativas de trabajo, de consumo, etc., las que, teniendo presente las enormes dificultades encontradas en el actual ambiente en que se desarrollan, alcanzan lo prodigioso; para decir que no, habrá que negar el progreso moral y social que de la tribu salvaje nos llevó al presente organismo social complicadísimo; para decir que no, habrá que negar las leyes naturales constantes, indestructibles que regulan el curso progresivo de la humanidad; para decir que no, habría que negar por último la razón, la evidencia, el buen sentido, la justicia. Pero entonces, "mejor sería no creer en nada, más bien que creer que la justicia no es posible".

Muchos burgueses evolucionistas han hallado modo de lisonjear a las masas obreras propiciando la cooperación como medio práctico para llegar a la caída gradual de los capitalistas.

Eso, en vista de la coalición de los capitalistas mismos, es simplemente un absurdo. Pero admitido que fuese posible, lo que no es, haría falta inevitablemente que los capitales individuales fueran sustituidos por los capitales en forma colectiva representados por toda sociedad cooperativa. La pequeña cooperativa se encontraría a merced de la grande, por tanto sin asociación y solidaridad universal; de los trabajadores surgirían nuevas clases de débiles y de fuertes, de ricos y de pobres, de explotadores y explotados.

Tanto es así que el antagonismo, la concurrencia, entre las sociedades cooperativas de trabajo del mismo arte y del mismo oficio, se manifiesta ya desde ahora.

Consigue que la libre asociación con las cooperativas, en el ambiente actual, en lugar de unir a los obreros los divida y los haga egoístas.

¿Nos defendremos en ese doloroso experimento?

¿Adormeceremos al obrero con inútiles esperanzas? ¿Prolongaremos su agonía por millares de años aún?

(1) La abolición completa, inmediata, en transición ni sustitución alguna de las cortes y de los tribunales, es una de las primeras necesidades de la revolución...

La supresión de las autoridades no puede sufrir vacilación. Desde el punto de vista de los principios, la justicia constituida no es más que una fórmula de despotismo, por consiguiente una negación de la libertad del derecho. Allí donde dejáis subsistir una jurisdicción, habréis elevado un monumento de contrarrevolución, del cual surgirá tarde o temprano una autocracia política o religiosa. (Proudhon, Idea general de la revolución en el siglo XIX).

(2) Aunque el trabajo de administración sea un trabajo como cualquier otro, nos parece que podría eludirse en la anarquía. Lo mismo pensamos a propósito del racionamiento de los artículos en deficiencia. El lector adquirirá la misma convicción por poco que profundice en el estudio de las teorías anarquistas.

(3) Comunistas (autoritarios) fueron Platón, Pitágoras, Campanella, Moro, Owen, Cabet, Babeuf, Carlos Marx, Saint-Simon y otros.

—o)—

BIBLIOGRAFIA

SEBASTIAN FAURE. — "El Dolor Universal". — Un vol. de 342 págs. en 8°. Buenos Aires, 1929. Editor, B. Fueyo. En venta en nuestra administración.

El Dolor Universal no necesita reclame; Sebastián Faure tampoco. Anunciamos la aparición de esta obra, bien presentada, bien impresa; puede ser puesta en todas las manos, de los nuevos como de los viejos, de los anarquistas y de los no anarquistas. A nuestro juicio, las dos producciones maestras de Faure son *El Dolor Universal* y *Temas Subversivos*, escritas a una distancia de un cuarto de siglo una de otra.

Su precio es de \$ 1.50.

ANGEL SAMBLANCAT. — "El hijo del señor Esteve" (novela). Ed. Bauzá, Barcelona. Un vol. de 220 págs. Precio: 3 pesetas.

El Samblancat novelista sigue siendo el panfletista formidable y personalísimo que nuestros lectores conocen a través de sus colaboraciones en nuestra prensa. Parece que este escritor usara en lugar de pluma un garrote de gañán con el que apalea sin cesar los vicios de la sociedad burguesa. Al leerlo creemos estar escuchando los golpes rudos pero ciertos que da sobre todos los privilegios y toda la podredumbre de este régimen de mentiras, de prepotencias, de hipocresías, de contrastes, de injusticias. La censura militar no deja a Samblancat la relativa libertad de ir a la cárcel que le dejaban los viejos gobiernos constitucionales; por eso en lugar de los

comentarios, de los artículos breves inimitables, llenos de gracia, de verdad y de pasión, nos ofrenda novelas; sin embargo, en esas novelas Samblancat sigue siendo el mismo demoleedor, el mismo exaltador de las rebeldías superadoras, el mismo fustigador de la hipocresía.

El hijo del señor Esteve es una digna continuación de *La Ascensión de María Magdalena*. ¿El argumento? Es lo que menos importa; los méritos literarios de Samblancat, tal vez el único escritor no anarquista de España que, no proclamándose anarquista, disfruta entre nosotros de una acogida cordial, que la merece en todos los conceptos; los méritos literarios de Samblancat, declimos, no están en la ingeniosidad de la trama novelesca, sino en su modo de decir, en la fuerza de sus latigazos. Y en esta nueva novela hay palos o latigazos o garrotazos para todos los que son dignos de ellos, en especial para el honrado gremio del comercio.

SANTOS CASERIO. — "Defensa ante el jurado". 8 págs. en 8°. Ediciones Prismas, Beziérs (Francia).

PAUL GILLE. — "Notes sur la culture morale à l'Ecole". 16 págs. Bruselas.

"Tercer congreso de historia nacional". — Boletín de informaciones y antecedentes. Número 1, de diciembre de 1928, y N.º 2, de enero de 1929. En este último número hay

una interesante bibliografía histórica de la provincia de Corrientes, por el doctor Hernán F. Gómez.

"Revista jurídica y de ciencias sociales". — Sept.-octubre de 1928, órgano del Centro de estudiantes de derecho. Buenos Aires.

Gilda de Amigos del Libro

Los socios de esta institución, mientras llega el primer tomo de la biografía de Reclus, deben apresurarse a retirar todos, estas dos novedades de librería:

Palabras de un rebelde, por Kropotkin (edición de LA PROTESTA), y

La nueva creación de la sociedad por el comunismo anárquico, 1ª parte, por Pierre Ramus.

Además hay disponibles ejemplares de los libros de Marestán:

Educación sexual, y *El matrimonio, el amor libre y la libre maternidad*.

Y existen ejemplares de todas las ediciones de LA PROTESTA, Argonauta, etc.

Correspondencia a Benigno Mancebo; valores a Juan Poggio, Garay 651, Buenos Aires.

Una obra de información y de cultura revolucionaria

"La Protesta,"

Diario de la mañana

Fundado en 1897

Crítica informativa diaria. La actitud de los anarquistas ante los diversos problemas económicos, políticos y sociales cotidianos.

Informaciones directas sobre el movimiento obrero revolucionario del país y del extranjero.

Colaboradores en los diversos países.

El número suelto: 0.10 cts.

Suscripción mensual, incluso el SUPLEMENTO quincenal, \$ 2.50.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA A NOMBRE DE MARIANO TORRENTE: — CALLE PERÚ N.º 1537. — BUENOS AIRES — REPÚBLICA ARGENTINA

LA PROTESTA

SUPLEMENTO QUINCENAL

Fundado en 1921

Concreta en sus 32 páginas el pensamiento anarquista internacional. Los más brillantes escritores del anarquismo colaboran en él. Publicación de historia, crítica y exposición de las ideas anarquistas. Literatura, arte, resumen bibliográfico.

El número suelto, \$ 0.20 cts.

Suscripción trimestral, \$ 1.50.

Annual, \$ 5.—

EDITORIAL

"La Protesta"

Fundada en 1922

Una obra de cultura revolucionaria y no una empresa comercial. Es el primer ensayo anarquista para la edición sistemática de la propia literatura.

Todo obrero deseoso de cultivar su espíritu encontrará en nuestras ediciones algo que le interesará. — Solicitense catálogos. Se atiende cualquier pedido de libros y folletos.

Libros y folletos publicados por la Editorial LA PROTESTA

MAX NETTLAU.—

"Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España" 1886-1873)	\$ 0.50
Edición especial, papel pluma	" 1.—
Encuadernado en tela	" 2.50
"Errico Malatesta". — La vida de un anarquista. Traducción de Diego Abad de Santillán	" 1.20
Edición especial, papel pluma	" 2.—
Encuadernado en tela	" 3.50
"Fernand Pelloutier y el sindicalismo"	" 0.15

RUDOLF ROCKER.—

"Johann Most, la vida de un rebelde". Prólogo de A. Berkman. Dos tomos. Precio de cada tomo	" 1.50
"La maldición del practicismo"	" 0.10

RUDEŃKO.—

"En Ucrania. — La sublevación popular y anarquista". — Trad. del ruso por J. Company	" 0.15
--	--------

JAMES GUILLAUME.—

"Miguel Bakunin" (Noticia biográfica)	" 0.20
---	--------

MIGUEL BAKUNIN.—

(Obras Completas)	
I "La Revolución Social en Francia". — Tomo primero. Prólogo de Max Nettlau. Traducción de D. Abad de Santillán	" 1.50
II "La Revolución Social en Francia". — Tomo segundo. Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
III "Consideraciones filosóficas". — Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
IV "Dios y el Estado". — Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
Los mismos, encuad. en tela ..	" 3.50

ERRICO MALATESTA.—

"Anarquía"	" 0.20
"En el Café". — Traducción de D. A. de Santillán. Prólogo de L. Fabbri ..	" 0.30

PEDRO KROPOTKIN.—

"Conferencias. I) — El Estado, su rol histórico. — El Estado Moderno" ..	" 0.50
Encuadernado en tela	" 1.50
"A los jóvenes"	" 0.10

LUIS FABBRI.—

"Cartas a una mujer sobre la anarquía"	" 0.50
Encuad. en tela	" 1.50
"Influencias burguesas sobre el anarquismo"	" 0.20

Ć. LOMBROSO y R. MELLA.—

"Los anarquistas" (Estudio y réplica) ..	" 1.—
--	-------

NIDO, ROCKER y NEMO.—

"Nacionalismo y anarquismo"	" 0.20
-----------------------------------	--------

SEBASTIAN FAURE.—

"Mi Comunismo" (La felicidad universal)	" 2.—
Encuadernado en tela	" 3.50
"Temas Subversivos"	" 1.50

También se vende en folletos, a 10 centavos cada uno, con los siguientes títulos:

La falsa redención. — La dictadura de la burguesía. — La patria de los ricos. — La podredumbre parlamentaria. — La moral oficial y... la otra. — La mujer. — El niño. — Las familias numerosas. — Los oficios odiosos. — Las fuerzas de la revolución. — La conmoción revolucionaria. — La verdadera redención.

J. DEJACQUE.—

"El Humanisferio". — Prólogo de Max Nettlau y Eliseo Reclus	" 0.50
---	--------

WILLIAM MORRIS.—

"Noticias de ninguna parte"	" 1.—
-----------------------------------	-------

ELISEO RECLUS.—

"A mi hermano el campesino"	" 0.10
"La anarquía y la iglesia"	" 0.10
"En Tiempo de Elecciones"	" 0.10

JUAN CRUSAO.—

"Carta Gaucha". 7.ª edición	" 0.10
-----------------------------------	--------

D. A. DE SANTILLAN.—

"La jornada de seis horas". — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo ..	" 0.10
--	--------

AGUSTIN SOUCHY.—

"La Ucrania revolucionaria". (Resultado de un viaje de estudio desde el mes de abril a octubre de 1920) ..	" 0.30
--	--------

S. RADOWITZKY.—

"La voz de mi conciencia"	" 0.10
---------------------------------	--------

VARIOS.—

"Certamen Internacional de LA PROTESTA". — Un volumen en 4.º, encuadernado en tela	" 2.—
--	-------

ANSELMO LORENZO.—

"El derecho a la evolución"	" 0.10
-----------------------------------	--------

ANA M. MOZZONI.—

"A las hijas del pueblo"	" 0.10
--------------------------------	--------

"La Peste Religiosa"	" 0.10
----------------------------	--------

JOHANN MOST.—